



LA

PRESENCIA REAL

DE JESUCRISTO

EN EL

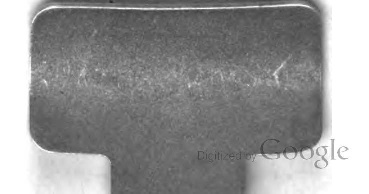
SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

POR

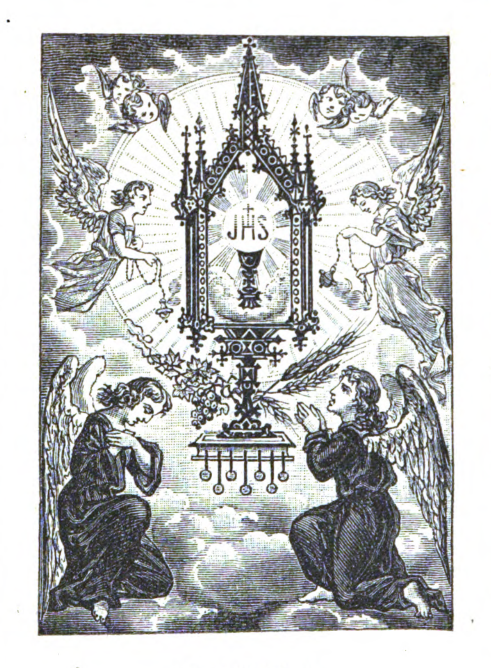
MONSEÑOR DE SEGUR.

TERCERA EDICIÓN.

BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA
1894.



LA PRESENCIA REAL.



ALABADO SEA

EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

LA PRESENCIA REAL DE JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR,

POR

MONSEÑOR DE SEGUR.

TRADUCCIÓN DE F. LUÍS OBIOLS.

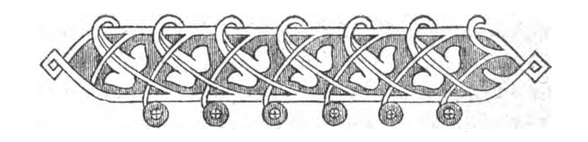
Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

TERCERA EDICIÓN.





BARCELONA:
Librería y Tipografía Católica, Pino, 5.
1894.



LA PRESENCIA REAL.

I.

De los que no creen en la presencia real.

Los que no creen en la presencia real son principalmente los *incré-dulos* propiamente dichos, es á saber, aquellos que por tal ó cual motivo, más ó menos absurdo, han perdido totalmente la fe. A Dios gracias, el número de éstos no es tan considerable como parecen creerlo algunos; apenas si ésta es la proporción de uno ó dos por cada mil. Para convencerse de la verdad de mi aserto, basta verlos en el lecho de la muerte.

Un *incrédulo* es un pobre hombre que no cree en Jesucristo. Y es cosa muy natural que el que ha llegado hasta el extremo de no creer en Jesucristo

tampoco crea en la presencia real. Jesucristo está en el Santísimo Sacramento única y precisamente por ser quien es, es decir, el Dios todopoderoso. Siendo el objeto exclusivo de estas breves páginas el de confirmar en su fe á los católicos poco instruídos, á éstos me dirijo, y no á los incrédulos obstinados. ¿De qué servirá brindar con raudales de luz á hombres ciegos? Sería perder miserablemente el tiempo; sería, como vulgarmente se dice, tomar el rábano por las hojas. Para que ellos y yo pudiéramos llegar á entendernos, sería menester que estos pobres descarriados empezasen por creer en primer lugar en Dios y en Jesucristo. Mientras no crean en esto, toda discusión sensata es radicalmente imposible.

He conocido á uno que quería se le demostrase que Nuestro Señor Jesucristo estaba presente en el Santísimo Sacramento del altar, y que de buenas á primeras declaraba que no creía en la divinidad de Jesucristo Señor Nuestro. Esforzábame yo en decirle y en hacerle tocar con el dedo lo evidentemente absurdo de su pretensión; pero todo era inútil... Y no creas que ese tal fuera un hombre cualquiera: por el contrario, era un hombre de talento, un hombre muy bien educado, muy conocido y muy estimado en el mundo literario... Pero no es la lógica el lado fuerte de los incrédulos: la lógica y la fe son dos hermanas inseparables; cuando la una se va, la otra dispone también sus cosas para marcharse.

De modo que diariamente se realiza la siguiente muy profunda frase de un célebre filósofo: «Es un

honor muy grande para la Religión el tener por enemigos á hombres tan poco razonables.»

Otros que tampoco creen en la presencia real son los *protestantes*. También para ellos es menester comenzar por mucho más arriba, y principiar por hacerles creer en la misión divina de la Iglesia católica.

La fe en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia es el fundamento en que descansan todos los dogmas particulares de la Religión: es como el tronco que sostiene todas las ramas. Antes de pretender demostrar á un protestante la presencia real, es menester conducirle primeramente á los pies de la Iglesia. De modo que, así como he dicho que no me dirijo en este libro á los incrédulos, debo añadir que tampoco á los protestantes me dirijo. Bien es verdad que los protestantes tienen su Eucaristía; pero lo que ellos llaman la *Cena* no es otra cosa que una mistificación: en vez de dar á las almas el adorable Cuerpo de su Salvador Jesucristo, como lo efectúa la Iglesia, los ministros protestantes no les dan más que un poco de pan y un poco de vino. ¡Y á esto se atreven á llamar Eucaristía, á esto dan el nombre de Comunión!...

Los incrédulos y los herejes son, por consiguiente, y en primer lugar, los infelices que no creen en la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar.

II.

De los que creen que no creen en ella.

El número de éstos es considerable: cuéntase entre ellos la mayor parte de nuestros *impíos*, y al propio tiempo todos los malos hombres que se burlan de la piedad.

No es lo mismo la impiedad que la incredulidad: un impío es un hombre que se rebela contra Dios; mientras que un incrédulo puede no ser impío, pues realmente no es otra cosa que un hombre que con todo y ser á veces muy sincero y disculpable, tiene la desgracia de no creer. Un impío es culpable siempre: ataca la fe, se burla de ella, y se coloca frente á frente de ella como su enemigo declarado.

El blanco de todos los ataques de la impiedad es el misterio de la Eucaristía, y es cosa muy natural: la Eucaristía es Jesucristo presente en la tierra, y Jesucristo es Dios, el solo Dios verdadero. Y naturalmente, haciendo guerra á la Eucaristía el impío la hace al mismo tiempo y directamente á Dios.

Los impíos, á pesar de toda su charlatanería, raras veces son verdaderos incrédulos. Hacen todo lo que pueden para persuadir á los demás, y para persuadirse á ellos mismos de que no creen en Jesucristo ni en su augusto Sacramento; pero las más de las veces, por no decir casi siempre, la fe per-

manece escondida en el fondo de esas almas gangrenadas: la chispa divina permanece oculta entre la ceniza, y suele reaparecer cuando llegan las grandes pruebas... Muy pocos son los impíos que no podrían decir lo que en el momento de la muerte confesaba un revolucionario célebre del siglo XVIII, cuya impiedad se había manifestado de mil diversas maneras.

—Yo he sido incrédulo, decía á un santo sacerdote que acababa de convertirle, he sido incrédulo porque he sido corrompido. Lo que en mí estaba más enfermo, no era la cabeza, sino el corazón. En el fondo tenía la fe, á pesar de todas mis blasfemias.

En general los impíos, cuanto más recio gritan, mayor es la fe que tienen. No conviene tomar en serio toda la retahila de disparates que sueltan cuando la pegan contra el Santísimo Sacramento: ellos creen en todo lo mismo que nosotros, y ved ahí lo que les hace poner rabiosos. En una palabra; creen y tienen miedo.

Otro tanto es del caso que digamos de los malos sujetos, de los libertinos que se abandonan á sus pasiones. Se burlan de las cosas sagradas, y en particular de los Sacramentos. Ven, y con muchísima razón, en la Confesión y en la Comunión un obstáculo que directamente se opone á su mala vida. Por esto la ridiculizan, y, á imitación de los impíos, procuran persuadirse de que ya no creen poco ni mucho en el Dios de su infancia.

Estos, aun cuando sueltan mil y mil impiedades,

no son precisamente lo que se llaman impíos: son infelices aturdidos que harían mucho mejor en confesar buenamente que están cometiendo una falta viviendo mal, y que si atacan á la fe, es porque no tienen ya valor suficiente para practicarla. Su incredulidad procede de abajo; es como si dijéramos su vientre que se sobrepone á su cabeza. Casi todos los jóvenes que se burlan de los sagrados misterios de la Religión pertenecen á esta triste categoría. Fijad en ellos vuestra atención el día en que recobren su perdida pureza de alma, y les veréis completamente trocados. Con estos pretendidos incrédulos no hay necesidad alguna de argumentar: el único argumento posible es el arrepentimiento, es el regreso á las buenas costumbres, es una buena confesión.

Lo mismo diré de los negociantes tramposos y de todas las personas que poseen bienes de fortuna malamente adquiridos. También éstos se hacen los incrédulos, también éstos procuran cerrar los ojos para no ver y taparse los oídos para no oir, también éstos dicen en alta voz que no se debe creer á los curas. ¡Incredulidad de bolsillo, mis pobres amigos! ¡Incredulidad de caja y de mostrador! Poned en regla vuestros libros y vuestras conciencias, y os hallaréis totalmente sorprendidos viendo que jamás habéis dejado de creer.

Tal es la segunda especie de enemigos que levantan sus voces contra el inefable misterio de la Eucaristía. Los primeros son unos infelices ciegos; los segundos se han colocado una venda ante los ojos,

y se figuran que están ciegos porque nada ven. Nosotros los cristianos somos los hijos de la luz, y tenemos ojos para ver.

III.

De los que aparentan no creer en ella.

Estos son los indiferentes y los cobardes, que son desgraciadamente en tan gran número en nuestra descristianizada sociedad.

Gracias á una multitud de causas que varían según la edad, la posición y las flaquezas de cada uno, existe una porción de católicos tibios que de ninguna manera dudan de la presencia real, y que sin embargo, vienen, sin saberlo, á engrosar las numerosas filas de los enemigos del Santísimo Sacramento.

Tienen fe, pero aparentan no tenerla: tienen fe, pero están totalmente desprovistos del espíritu de fe. Sin que precisamente se conduzcan mal, viven prácticamente como si no creyesen en la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento: ni siquiera piensan en ello: entran en las iglesias sin mostrarse respetuosos, sin que mueva sus labios una oración: asisten el domingo al santo sacrificio de la Misa, más bien por costumbre que por piedad; jamás en el decurso de la semana les acude la idea de ir á adorar á su Señor, quien sin embargo les está aguardando en el fondo de su Tabernáculo...

Después hay los cobardes, los cristianos miedosos, que no tienen una fe bastante enérgica para poder oponerla á los humanos respetos: éstos sucede á menudo que parece que no creen; semejantes al infeliz Simón Pedro en medio de los soldados del pretorio, reniegan de su Maestro á la primera pulla que se les dirige. Avergüénzanse de llamarse cristianos y de obrar como verdaderos católicos, y con sus incesantes defecciones centuplican el número de los adversarios de la Santísima Eucaristía... ¡Cristianos culpables que hacen traición á su Salvador en el supremo misterio de su amor!

No queramos ser de este número. Fieles á nuestro bautismo, no nos contentemos con creer en secreto; profesemos con la boca lo que con el corazón creemos. Hijos de la verdad, caminemos, erguida la frente, por el camino recto, que jamás se abandona sin desde luego extraviarse en el desierto del error, y caer en el fango de las pasiones vergonzosas. La fe es el camino real de la salvación y de la verdadera felicidad.

IV.

Singular ignorancia de ciertos cristianos respecto la Eucaristía.

INCALCULABLE es el número de los ignorantes en nuestro siglo de las luces. Hay una multitud de cristianos que han olvidado tan por completo su

catecismo, que no saben, por decirlo así, ni una palabra de las cosas de la Religión. Y en tratándose de la Divina Eucaristía, esta ignorancia se manifiesta á veces de una manera tan extraña, que uno se ve precisado desde luego á preguntarse si nos hallamos verdaderamente en un país católico.

He conocido á un personaje de los de más alto copete, que delante de un muy numeroso público, y creyendo hacer un acto de heroica fe, llamaba con la mayor formalidad á la Sagrada Eucaristía «el *símbolo* de Jesucristo.»

Los hay que ni siquiera saben qué cosa sea la Misa, llegando su ignorancia hasta el extremo de confundirla con las Vísperas. Recuerdo de un esforzado general francés, que antes de comer estaba hablando con un Cardenal Arzobispo. Salía á la sazón la gente de la iglesia, y al verla salir dijo con la mayor sencillez é ignorancia.

—Salen de oir Misa.

Otro oficial superior, que quería asistir al Santo Sacrificio, llegó á la iglesia en el momento en que el sacerdote daba la última bendición al pueblo. Inclinóse apresuradamente, y la recibió con la mayor devoción.

—Un minuto más, *y me quedo sin Misa,*—decía por la noche al Obispo de aquella diócesis, al referirle con cierta emoción lo que le había acontecido.

No hace mucho tiempo que un Obispo bendecía solemnemente una nueva línea de ferrocarril. La ceremonia tenía lugar á eso de las tres á las cuatro de la tarde. La concurrencia era numerosa y esco-

gida; la fiesta de las más brillantes. El discurso y la afabilidad del buen Prelado entusiasmaron á todo el mundo, y oyó á dos ó tres excelentes industriales que se estaban diciendo el uno al otro, en un arranque de verdadera satisfacción:

—¡Vamos que esto produce muy buen efecto! ¡La Religión! Hacía ya muchísimo tiempo que no habíamos tenido la suerte de *oir Misa.*

Los hay que no saben ni aun que exista un Santísimo Sacramento. Yo mismo oí cierto día á dos jóvenes que salían de la iglesia de Vaugirard, en la cual se hallaba expuesta Su Divina Majestad, que se iban burlando con la mayor satisfacción «de todos esos sacerdotes, de todos esos devotos que *adoran á los cirios*, y que se ponen de rodillas *delante de unas cuantas velas.*»

A la sazón tengo a la vista un gran periódico que se imprime en París, y cuyo redactor en jefe se niega obstinadamente á lamentarse «de la suerte de los sacerdotes romanos que para vivir no pueden contar mas que con *dos Misas diarias* de á doce sueldos.»

Hay otros que no saben que es menester estar en ayunas para comulgar. Cierto príncipe, sabiendo que el capellán de su capilla hacía ya largo rato que se estaba aguardando para celebrar la Misa, mandó preguntarle, con una conmovedora benevolencia, «si antes de celebrar quería tomar algo, aunque no fuera más que una taza de café.»— De una *galantería* igual fué objeto Mons. Affre, arzobispo de París, por parte de un ilustre mariscal de

Francia, en la sacristía de los Inválidos, donde el Prelado estaba aguardando hacía bastantes horas la llegada de los restos mortales del emperador Napoleón I, que traían de Santa Elena.

Aunque las mujeres, por regla general, se hallan más instruídas que los hombres en materias de Religión, encuéntranse á veces algunas que valen tanto como un hombre por el estilo de los que acabo de citar.

He conocido á una gran señora, la esposa de un prefecto, que al volver de cumplir con el precepto pascual, supo por una parienta suya que había la obligación de llenar este deber en la propia parroquia, y que quería volver á salir inmediatamente, para comulgar de nuevo en la iglesia parroquial.

—¡Pero mujer, la dijo, esto no puede ser: en un solo día no se comulga dos veces!

—¡Quiá! esto no le hace, respondió fervorosamente la dama; voy mientras estoy en ayunas: siempre será más cómodo esto que el volver dos días seguidos.

Y hubo mucho trabajo en decidirla á que esperase al día siguiente.

Desgraciadamente sería cosa de nunca acabar el ir refiriendo todas las necedades de esta índole: advirtiendo que no proceden de mala voluntad, sino sencillamente de la ignorancia. Es una verdadera plaga para el Cristianismo.

Estos cristianos ignorantes, que las más de las veces son sobradamente inteligentes é instruídos por lo que atañe á las ciencias naturales, á la in-

dustria, al comercio, etc., han llegado á ser casi extraños á la doctrina de la Iglesia. No son pocas las veces que los ricos se muestran tanto ó más ignorantes que los pobres, lo cual es altamente vergonzoso, al propio tiempo que es una verdadera calamidad.

Relativamente el más grande de nuestros misterios, la Eucaristía, quisiera yo recordar en este lugar, á los que pudieran necesitarlo, algunas de las perentorias razones en que se apoya, como en inquebrantable peña, la fe de la Iglesia católica en la presencia real. Creo no equivocarme al pensar que será hacerles un gran servicio proporcionando luz á su fe, y fortificándola, para que se halle en disposición de rechazar los ataques y las burlas de los enemigos de la Religión.

V.

¿Qué es el Santísimo Sacramento?

En las discusiones religiosas más todavía que en las otras, es de todo punto indispensable entenderse bien, y por lo tanto, saber con la mayor claridad aquello de que se trata. Y puesto que vamos á hablar del Santísimo Sacramento, para sentar categóricamente la realidad de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, empecemos por exponer en breves palabras lo que la Iglesia católica enseña sobre este gran misterio. Ante todo es menester evitar las malas inteligencias.

La fe, pues, nos enseña que Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, queriendo permanecer en medio de su Iglesia hasta el fin del mundo, y poner constantemente á prueba la fe de sus fieles, instituyó el sacramento de la Eucaristía en el día del Jueves Santo en el Cenáculo, en la ciudad de Jerusalén, algunas horas antes de dar principio á su dolorosa Pasión.

Tomó pan ázimo, es decir, pan sin levadura, lo bendijo, y por medio de su omnipotencia lo trocó en la substancia misma de su cuerpo; tomó después un cáliz que llenó de vino, bendíjolo, y lo consagró en la substancia de su divina Sangre: de tal manera que los Apóstoles, al recibir lo que Jesús les presentó, recibieron, no pan y vino simplemente, sino el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo; el mismo Jesucristo, oculto bajo las apariencias del pan y vino.

La fe nos enseña que en la Hostia consagrada se halla el Cuerpo del Salvador viviente, todo entero, unido á su sangre, á su alma y á su divinidad, y que del mismo modo se halla también todo entero en cada partícula de la santa Hostia: Jesucristo está realmente en ella, está presente substancial y corporalmente en cada partícula como en toda la Hostia. Cuando el sacerdote parte la Hostia, no parte el Cuerpo del Señor, sino únicamente el signo sensible, la apariencia del pan que oculta áquel divino Cuerpo, y que le hace estar presente sobre el altar.

De igual suerte se halla presente y todo entero

Jesucristo en el cáliz. Allí está su adorable Sangre, llena de vida, unida á su Cuerpo, á su alma y á su divinidad. Presente está Jesucristo en cada gota del vino consagrado, como lo está en cada partícula de la Hostia consagrada.

La Eucaristía es, pues, un sacramento, es decir, un signo exterior, que contiene real y substancialmente á Nuestro Señor Jesucristo, Dios hecho hombre, bajo las especies del pan y del vino.

El sacramento de la Eucaristía hace estar presente entre nosotros, ocultándolo al propio tiempo á nuestras miradas, á nuestro Divino Salvador, con su cuerpo, con su sangre, con su alma y con su divinidad. Y como que es el más augusto, el más santo de todos los Sacramentos, por esto se le llama el SANTÍSIMO SACRAMENTO, el Sacramento por excelencia.

Y se le da también el nombre de Eucaristía, palabra derivada del griego, y que significa la *gracia por excelencia*.

Así, pues, el Santísimo Sacramento es Dios, es Jesucristo, que está allí corporalmente presente en medio de los cristianos. De la misma manera que en otro tiempo hallábase presente Jesucristo, el Hijo eterno de Dios entre los hombres por su humanidad, en Belén, en Nazaret y en Jerusalén; así ahora, por medio del Santísimo Sacramento, continúa viviendo realmente entre nosotros. Bien es verdad que no le vemos, pero es indudable que está allí, como es indudable que está presente un hombre en una habitación, aun cuando se halle oculto de-

trás de una cortina. Las especies sacramentales, esto es, las apariencias del pan y del vino son el velo que en la Sagrada Eucaristía nos oculta á Jesucristo. En Jerusalén el velo que ocultaba á los judíos la divinidad de Jesucristo era su humanidad. Los judíos debían creer en la divinidad, que no veían, pero que tenían realmente en su presencia; nosotros debemos igualmente creer en lo que no vemos, es decir, en la divinidad y en la humanidad de Jesucristo, presentes ambos, bajo el velo de la Hostia consagrada.

Nos enseña además la Iglesia, que los sacerdotes, y solamente ellos, reciben de Dios por medio del sacramento del Orden, el poder de consagrar, es decir, de transformar el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo. Este acto lo efectúan en una augustísima ceremonia religiosa, á la cual se denomina la *Misa*, y á esta ceremonia todos los cristianos están obligados á asistir cuando menos todos los domingos y fiestas de guardar, bajo pena de pecado mortal. En la mitad de la Misa, en el solemne momento que se llama la *consagración*, ó la *elevación*, el sacerdote convierte el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre del Hijo de Dios, como en otra ocasión no menos solemne, en el Cenáculo, lo efectuó Jesucristo. Esta milagrosa transformación recibe el nombre de *transubstanciación*, que es lo mismo que decir, cambio de la substancia del pan y del vino en la substancia del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo.

El sacerdote y los cristianos que para ello se han

preparado, *comulgan*, es decir, reciben en su interior á Jesucristo, á fin de permanecerle más fieles y de amarle más.

Después de la Misa, el Santísimo Sacramento es respetuosamente conservado bajo la especie del pan, y encerrado en el Tabernáculo en el centro del altar. Y de esta manera nuestro gran Dios, nuestro buen Salvador Jesús, permanece día y noche presente entre nosotros, en nuestras iglesias, en todas ellas, hasta en las que se hallan situadas en medio de las más pobres campiñas.

Esto nos enseña la fe con relación á la Eucaristía; en esto consiste el Santísimo Sacramento.

¡Qué grande y bello es todo esto!

VI.

Si podemos comprender la presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

NINGUNA criatura, ni Angel, ni hombre, puede comprender el misterio del Santísimo Sacramento. Es una verdad, de la cual no puede cabernos duda alguna; pero es una verdad que no comprendemos, una verdad que jamás comprenderemos.

A estas verdades se las llama *misterios*. Todo lo que sale de las manos del Criador lleva el sello del misterio: en la naturaleza como en la Religión, todo es misterio, es decir, todo es incomprensible. Para aquel que sabe reflexionar, los renuevos de

los árboles, la germinación de las plantas, el crecimiento de los animales, la digestión de los alimentos, las pulsaciones del corazón, y todos los fenómenos por el estilo son misterios tan incomprensibles en sí mismos como lo son los grandes misterios del Cristianismo, y en particular el misterio de la presencia real. Explicadme el *fondo* de las cosas que os acabo de citar, y yo por mi parte me comprometo á explicaros el fondo del misterio de la Eucaristía. Cuando habré comprendido el modo cómo una bellota se convierte en una encina, el modo cómo el pan que como se transforma en mi carne y en mi sangre, entonces y sólo entonces podré comprender el modo cómo mi Señor Jesucristo está presente en la Sagrada Hostia.

Unicamente Dios comprende lo que El ha hecho; únicamente el Creador comprende los mil misterios de la creación. Nosotros, lo más que podemos, es conocerlos, dar testimonio de su existencia y adorar á su Autor.

Lo mismo acontece con *todos* los misterios del Cristianismo : sólo Dios, autor de la Religión como lo es de la creación, puede sondear sus sagradas profundidades: sólo Dios comprende el misterio de la Trinidad, el misterio de la Encarnación, el misterio de la Redención, el misterio de la Gracia y de los Sacramentos, el misterio, por fin, de la Eucaristía. El cristiano no puede hacer más que conocer y adorar esas grandes realidades, cuando Dios se digna revelárselas por medio de su Iglesia. Tratar de comprenderlas sería ó estupidez ó locura.

Y después, ¿para qué tratar de *comprender* la presencia real? ¿Seríamos acaso mejores si en vez de tener de ella un simple conocimiento la comprendiéramos? ¿Acaso esto nos haría servir y amar con mayor fidelidad á Nuestro Señor Jesucristo? Para escribir bien, ¿hay necesidad de saber *cómo* se fabrica la tinta y el papel? Para andar bien, ¿es necesario, ó siquiera útil, penetrar, como lo hacen nuestros sabios, las leyes del movimiento?...

Creedme; Dios lo que ha hecho lo ha hecho bien; los corazones puros y las almas rectas saben lo bastante respecto al Santísimo Sacramento para adorar profundamente y adorar perfectamente á su buen Maestro, retenido tan cerca de ellos por el amor.

En la Eucaristía, lo mismo que en todos los demás misterios, Dios exige de nosotros que creamos, sin necesidad de que comprendamos. Quiere, y está en su derecho al quererlo, que nos sometamos humildemente, plenamente á la doctrina de su Iglesia; porque El mismo es quien habla por mediación de los Pastores de su Iglesia: «Aquel que os escucha, á Mí me escucha—les ha dicho,—y á Mí me desprecia aquel que á vosotros desprecia. Salvo será el que crea; el que no crea se condenara.» Ya lo veis; no se trata de que comprendamos, sino sencillamente de que creamos.

Creed, pues, mis queridos lectores; creed con todo vuestro corazón; creed como han creído los más grandes, los más virtuosos hombres del mundo, y no tengáis la pretensión de comprender lo que ninguna criatura en el mundo puede ni debe comprender.

VII.

Si es absurdo é imposible, como dicen los impíos, creer en la presencia real.

Ni es absurdo ni imposible, sino muy al contrario: es muy lógico y muy puesto en razón. Lo imposible es aquello que es evidentemente contradictorio. Así, por ejemplo, el que una bola sea cuadrada, el que sea á un mismo tiempo de día y de noche, etc., esto es absurdo, esto se contradice, son cosas que no pueden existir á un mismo tiempo. Está fuera de toda duda que una cosa redonda, un círculo *no puede* ser cuadrado. Esto son absurdos, son imposibilidades absolutas, y sería preciso haber perdido la cabeza para admitir semejantes cosas. La razón y el buen sentido comprenden perfectamente que son cosas que no pueden ser, que son verdaderos absurdos.

Pero no se debe decir otro tanto del misterio de la presencia real: nada hay de contradictorio ni de imposible en lo que la Iglesia nos enseña sobre este particular. Bien es verdad que no comprendemos la manera, el *cómo* la substancia del pan queda transformada en la substancia del Cuerpo del Señor; bien es verdad que no comprendemos la manera, el *cómo* el glorificado Cuerpo de Jesucristo está presente en la Hostia consagrada; pero no por esto vemos en modo alguno que ello sea imposible.

Sin contar con que no es posible demostrar que una substancia no pueda ser súbitamente cambiada por Dios en otra substancia, existen todavía, en lo que atañe al Santísimo Sacramento, tres consideraciones de importancia suma.

Consiste la primera en que el Cuerpo de Nuestro Señor resucitado es un cuerpo *glorificado*, y que los cuerpos glorificados se diferencian de los nuestros en que no ocupan lugar alguno. Encuéntranse en un estado mucho más perfecto, en un estado *celeste*, estado del cual no podemos formarnos una idea, aun cuando sabemos que existe. ¿Qué hay, pues, de imposible en que el Cuerpo glorificado de Jesucristo, que no ocupa lugar alguno, se halle presente, presente todo entero, en cualquier parte de la tierra donde se halle una Hostia consagrada? La Hostia consagrada es el signo sensible de la presencia real de Nuestro Señor aquí en la tierra: allí donde está este signo, allí Nuestro Señor está presente.

Lo que sería evidentemente imposible, absurdo y contradictorio, fuera el que en esta Hostia hubiese á la vez el pan y Nuestro Señor; el que el pan se convirtiese en hombre, sin que por eso dejase de ser pan, como decía Lutero; el que un hombre, el que Nuestro Señor Jesucristo fuese pan. Pero la Iglesia jamás ha enseñado locura semejante; y está fuera de toda duda de que no es esto lo que creemos al creer en la presencia real. La Iglesia enseña, y nosotros lo creemos, que en la Eucaristía la substancia del pan desaparece totalmente y es

milagrosamente transformada en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, ocultos, como lo decíamos no ha mucho, bajo las simples *apariencias* del pan y del vino. Es un milagro, un milagro grande y divino: pero ¿qué hay en eso que sea imposible? ¿Qué hay en eso que exceda la omnipotencia de Dios? ¿Qué hay en eso de absurdo ó de contradictorio? Nunca persona alguna lo ha demostrado ni lo demostrará.

La segunda consideración consiste en que la substancia de nuestro cuerpo, aun la de nuestro cuerpo terrestre, es un misterio impenetrable. ¿Qué es esta substancia? ¿Cuál es el hombre que ha penetrado su fondo?... Desde el momento en que nadie conoce su fondo, nadie puede decir que sea *evidentemente* imposible que la substancia de un cuerpo humano, aun cuando no sea glorificado, pueda ser reducida hasta un punto casi imperceptible. Puede muy bien afirmarse que las fuerzas humanas no pueden reducir un cuerpo humano á tan pequeñas dimensiones; pero jamás se podrá afirmar, seriamente hablando, que esto sea imposible á la omnipotencia de Dios.

Por último, tercera consideración: En la Eucaristía se encuentra la substancia del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, despojado de todo lo que se llama los accidentes, es á saber, de la forma, de la extensión, del color, y de todas las propiedades exteriores de que se halla revestida la substancia del cuerpo humano cuando se encuentra en su estado habitual. Pero el Cuerpo del Señor en el Santísimo

Sacramento no se encuentra en su estado habitual, sino por el contrario, en un estado de todo punto sobrenatural, en el estado *sacramental*. En lugar de los *accidentes*, en vez de las apariencias ordinarias del cuerpo humano, el Cuerpo de Jesucristo se nos presenta revestido de los accidentes ó apariencias del pan y del vino. Esta es su forma sacramental, y jamás habrá quien probar pueda que es *imposible* el que Dios quite á una substancia cualquiera sus formas y apariencias ordinarias para darle otras distintas.

Sé que todo esto tiene algo de abstracto y no es muy fácil de comprender, mas es necesario para llegar al fondo de las cosas y para comprender que nada hay imposible, nada fuera de razón, nada absurdo en el dogma de la presencia corporal y real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar. Creyendo en ella, adorándola, somos sumamente razonables; nuestra fe se une con nuestra razón, como se une una hermana con otra hermana, y los únicos absurdos son aquellos que, haciendo caso omiso de la lógica, raciocinan torcidamente, hablan de lo que no conocen, y en el fondo no son más que espíritus superficiales con ribetes ó ínfulas de filósofos.

VIII.

Si estamos absolutamente seguros de que Jesucristo se halla en realidad presente en el Santísimo Sacramento.

Sí, absolutamente seguros; tan seguros como que dos y tres son cinco: tan seguros como de nuestra propia existencia.

¿Qué es lo que nos da la certeza de todo lo que tenemos por cierto? ¿No es nuestra razón, nuestro buen sentido? Desde el momento en que nuestra razón, después de haber examinado bien una cosa, se dice: *Esto es; esto es evidente; esto no puede dejar de ser;* seríamos unos locos si dudásemos de aquella cosa. Ahora bien, la certeza de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía (y lo mismo hay que decir de todos los demás dogmas de la fe católica), es una certeza de esta especie. O bien estamos completamente seguros de que Jesucristo está presente en el Santísimo Sacramento, ó bien de nada estamos seguros y nada podemos creer ni afirmar.

Es efectivamente la evidencia del raciocinio, la inflexibilidad de la lógica la que nos obliga, de buena ó de mala gana, á admitir, en primer lugar, la existencia de Dios, Criador de todas las cosas; luego la divinidad del Cristianismo; después los milagros de Jesucristo y en particular el relevante

milagro de su Resurrección y de su Ascensión gloriosas; y por último, los milagros de los Apóstoles, la misión divina de la Iglesia católica, y la soberana autoridad del Papa y de los Obispos, ministros de Jesucristo y pastores del pueblo cristiano. No es ésta ocasión de probar estas grandes verdades, pero sí lo es de recordar que nuestra sola razón nos ha conducido á los pies de Jesucristo y de su Vicario, y que nuestra fe en la doctrina de la Iglesia es esencialmente razonada, y por consiguiente razonable.

Una vez establecida la autoridad divina é infalible de la Iglesia, ya no nos resta otra cosa que hacer sino escuchar su doctrina, estando como estamos absolutamente ciertos de la verdad de esta doctrina; para creer como hombres razonables, ninguna necesidad tenemos de examinar, de probar cada uno de los dogmas que ella nos propone. En nombre de la verdad católica es como la razón, unida á la fe, nos hace admitir como absolutamente cierta la presencia del Salvador en la Eucaristía; de ello estamos ciertos, antes de todo examen, porque la Iglesia católica nos lo enseña, y porque, asistida siempre por Dios y por Jesucristo, no puede engañarse ni engañarnos.

Y para consuelo nuestro encontramos además en las palabras mismas del Evangelio una relevante justificación de la fe católica relativamente á la presencia real. Escuchémoslas y meditémoslas con religioso respeto: el mismo Dios es quien habla.

IX.

El dogma de la presencia real está claramente enseñado en el Evangelio.

Como cosa de un año antes de su Pasión, Jesucristo Señor Nuestro, hablando en Cafarnaum á una gran muchedumbre de judíos, á quienes acababa de hacer testigos de grandes milagros, les dijo estas palabras:

—En verdad, en verdad os digo; aquel que cree en Mí tiene la vida eterna. Yo soy el Pan vivo descendido del cielo. Aquel que coma de este Pan, vivirá eternamente; y *el Pan que os daré es mi Carne* para la vida del mundo.

Notad bien estas palabras; Jesucristo no da todavía ese Pan vivo, ese pan que será su carne; no hace más que prometerlo. Lo dará en el Cenáculo, como en seguida vamos á verlo.

Los judíos y los fariseos se ponen á murmurar, y se dicen entre sí:

—¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede ése darnos á comer su Carne?

Esto es precisamente lo que dicen aún en nuestros dias los protestantes, los blasfemos de todos los matices.

El Hijo de Dios, cuya palabra es la verdad misma, contesta indistintamente á los unos y á los otros, afirmando de nuevo y de la manera más formal lo que acababa de decir:

«En verdad, en verdad os digo: si no coméis *la Carne del Hijo del Hombre*, y si no bebéis *su Sangre*, no poseeréis la vida.

«Aquel que come *mi Carne* y bebe *mi Sangre* posee la vida eterna, y Yo mismo le resucitaré en el último día.

«*Mi Carne es verdaderamente un alimento, y mi Sangre es verdaderamente una bebida*. El que come *mi Carne* y bebe *mi Sangre* vive en Mí y Yo en él.»

Decidme ahora; ¿es posible expresarse con claridad mayor? ¿Era posible que Jesucristo expresase con términos más formales la realidad de la presencia de su Cuerpo y de su Sangre en el Pan vivo que prometía á sus Discípulos?

Pues bien, en la santa Cena, cuando llegó el momento de realizar su misericordiosa promesa, el Salvador encontró medio de hablar, si posible era, más explícitamente todavía. Cogiendo el pan entre sus divinas manos, lo presentó á sus Apóstoles, y les dijo:

—Tomadle y comed todos de él, porque *este es mi Cuerpo*.

Y después les presentó el cáliz, diciendo:

—Tomadle y bebed todos de él, porque *este es el cáliz de mi Sangre*.

Atended bien: *este*, es decir, lo que os ofrezco y que parece ser pan, *es mi Cuerpo*. *Este*, es decir, lo que parece ser vino, *es mi Sangre, es el cáliz de mi Sangre*.

Es mi Cuerpo, es mi Sangre, no simplemente la figura ó el símbolo de mi Cuerpo ó de mi Sangre;

sino mi mismo Cuerpo y mi misma Sangre, la substancia de mi Cuerpo y de mi Sangre, la realidad de mi Cuerpo y de mi Sangre.

La claridad de estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente aterradora para los protestantes, y en general para todos aquellos que no quieren creer en la presencia real. Ella echa por tierra todas las artimañas de los herejes: es como una masa de hierro que pesara sobre la cabeza de un reptil y se la aplastara sin piedad. Tres siglos hace ya que los protestantes ponen todos sus esfuerzos en luchar inútilmente contra la evidencia, y si el sol de la verdad no penetra completamente en ellos y no los inunda de luz, es porque cierran los ojos, es porque no quieren ver. Sólo pueden excusarles las preocupaciones de la ignorancia.

X.

Jesucristo, Lutero y Calvino.

En Alemania, en el momento en que Lutero y Calvino levantaban impudentemente el estandarte de la rebelión contra el dogma de la presencia real, compúsose contra sus innovaciones una lámina que tuvo un éxito sorprendente, por la sencilla razón de que se dirigía á la buena fe y al buen sentido público.

Esta lámina representaba, en el centro, á Jesucristo Señor Nuestro, teniendo la Eucaristía en sus

sagradas manos, y debajo de su figura se leía la frase del Cenáculo: *Este es mi Cuerpo.*—A la derecha del Salvador se veía á Lutero, que presentaba también la Eucaristía; y debajo de él estaban escritas estas palabras que resumían la doctrina luterana sobre la Eucaristía: *Esto es pan y mi Cuerpo, mi Cuerpo en el pan.*—A la izquierda Calvino, en la misma postura, ostentaba el sacramento y leíase debajo: *Esto no es mi Cuerpo, sino sencillamente la figura de mi Cuerpo.*

Y el autor había escrito debajo de la lámina y en gruesos caracteres la pregunta siguiente:

¿Cuál de los tres tiene razón?

La Iglesia católica siempre ha dicho y dirá siempre como el Señor y con el Señor: La Eucaristía es el Cuerpo verdadero de Jesucristo, real y substancialmente presente bajo la apariencia del pan. Ella y sólo ella tiene razón; los herejes, sea cual fuere el sistema que sigan, no la tienen; todos blasfeman de la verdad, todos falsean el Evangelio.

Cuando un libertino ó un incrédulo venga á deciros: «Jesucristo no está en la Eucaristía; es imposible, es absurdo, no lo creo, etc...,» recordad simplemente el oráculo del Hijo de Dios: *Este es mi Cuerpo,* y preguntaos á cual de los dos se debe dar mas crédito.

XI.

Desde el principio del Cristianismo la Iglesia ha creído, como hoy, en la presencia real.

La Sagrada Eucaristía, que no es otra cosa que Jesucristo siempre presente en medio de sus Discípulos, ha sido mirada, y era muy natural que lo fuese, desde los tiempos de los Apóstoles, como el centro, como el alma de la Religión. Los primeros cristianos comulgaban todos los días, y el apóstol San Pablo, reprochándoles algunas negligencias en este punto, recordaba en términos muy explícitos que el Pan eucarístico es el cuerpo mismo del Señor. Ved ahí lo que escribía á los fieles de Corinto:

«La víspera misma de su Pasión, el Señor Jesús tomó el pan, partiólo y lo dió á sus Discípulos, diciendo: *Tomad y comed, porque este es mi Cuerpo,* que será repartido por vosotros; y haciendo lo mismo con el cáliz, añadió: *Tomad y bebed, porque este cáliz es la alianza nueva en mi Sangre*... Por esta razón, cualquiera que coma este Pan y beba el cáliz del Señor indignamente, *profanará el Cuerpo y la Sangre del Señor*. Aquel que come ese Pan y bebe este cáliz indignamente, come y bebe su condenación; porque profana el Cuerpo del Señor.»

Y en otro pasaje añade San Pablo:

«El cáliz de bendición que consagramos, ¿no es acaso *la comunión de la Sangre de Cristo?* Y el pan

que partimos, ¿no es la *comunión del Cuerpo del Señor?*»

El apóstol San Pedro es, como todo el mundo sabe, el autor de las principales oraciones del *Canon* de la Misa: ahora bien, esta antigua oración encierra muchos pasajes que manifiestan en alto grado la fe en la presencia real: entre otros éste, que precede inmediatamente á la consagración: «Recibid, Señor, esta oblación, para que se convierta para nosotros en *el Cuerpo y la Sangre de vuestro Hijo muy amado,* Jesucristo Señor Nuestro.» Y esta otra, que la sigue de cerca: «Os suplicamos, Señor, que os dignéis llenarnos de todo género de gracias y bendiciones, á nosotros todos los que vamos á participar en este altar y á recibir el *Santísimo Cuerpo y la Sangre de vuestro Hijo.*»

En las actas del martirio del apóstol San Andrés, hermano mayor de San Pedro, el glorioso mártir dice á su juez:

—Cada día ofrezco al Dios omnipotente, no la sangre de los cabríos, no la carne de los toros, sino *el Cordero sin mancilla,* cuya *Carne* sirve de alimento, y cuya *Sangre* sirve de bebida á los fieles todos. *Verdaderamente* es *Cristo* quien se ofrece en sacrificio; *verdaderamente* es *el Cuerpo de Cristo* el que se da por alimento á su pueblo, y *su Sangre* la que le da á beber.

¿Es claro esto? ¿Es posible expresar más categóricamente la presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo en la Eucaristía? Esto para todos es cuestión no más que de buena fe.

En las más antiguas Catacumbas de Roma, que muchos hacen remontar hasta el tiempo mismo de San Pedro, se encuentran pinturas y monumentos que atestiguan de una manera no menos evidente la fe que los primeros cristianos tenían en la presencia real.

Así en la Catacumba de los Santos mártires Nereo y Aquileo, comenzada bajo el imperio de Domiciano, se ve todavía, en una capilla que había conservado los cuerpos de gran número de Mártires, una pintura que expresa de un modo admirable este bello misterio de nuestra fe. Sobre un cáliz lleno de vino está colocado un pan de la forma de los panes sagrados, y el pan y el cáliz descansan sobre un pescado. Adviértase que todos los sabios, así protestantes como católicos, están acordes en decir que, durante las persecuciones, los cristianos, para evitar que fueran descubiertos, habían adoptado la figura del pescado como símbolo de Jesucristo: y no es extraña esta decisión si se tiene en cuenta que en griego las cinco letras de la palabra que significa pescado forman las iniciales de las palabras siguientes: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador*.

Aquella palabra significa, pues, que el pan y el vino son una sola y misma cosa con Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador.

En esta misma Catacumba, al lado de la primera pintura, se encuentra otra todavía más expresiva: es un sacerdote, vestido con los hábitos sagrados, de pie delante de un altar y consagrando el pan y el vino, colocados igualmente sobre el misterioso

pescado. A un lado se ve á una mujer en ademán de adorar. Nótese que la Catacumba de los Santos Nereo y Aquileo se remonta al año 85 ú 86 de la Era cristiana, muy pocos años después del martirio de San Pedro y de San Pablo, y aquella misma persecución durante la cual el apóstol San Juan fué echado en una caldera de aceite hirviendo, en Roma, delante de la puerta Latina.

En otra Catacumba, la de San Calixto, se ve la Santa Cena pintada al lado del altar mayor, y también allí, como siempre, está unido el pan con el simbólico pescado.

Finalmente, en las más antiguas Catacumbas se han encontrado cálices de vidrio, en el fondo de los cuales estaban representados en rasgos de oro, de un lado la Cena, y de otro las bodas de Caná, donde el agua fué convertida en vino: conmovedora expresión del misterio eucarístico, donde el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor como en Caná fué convertida el agua en vino.

La creencia de los primeros cristianos en la presencia real es, por lo demás, un hecho obtenido de la historia y de la ciencia. Y por si alguna duda quedar pudiera sobre este particular, voy á transcribir, tomados al azar entre centenares y hasta millares, algunos pasajes de los más antiguos Doctores y Obispos, que atestiguan y demuestran hasta la evidencia esta misma verdad.

XII.

Los Obispos y Doctores de los primeros siglos enseñaron, como los de nuestros días, la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Me concretaré á citar sencillamente esos grandes testimonios de la antigua fe de la Iglesia, siglo por siglo, sin añadirles reflexión alguna, abandonándolos á la sinceridad y á la buena fe del lector.

Ya desde los primeros años del siglo II, se coleccionaron bajo el título de *Constituciones apostólicas* gran número de *cánones*, es decir, reglamentos redactados por los Apóstoles y por los primeros Papas para organizar las cosas de la Iglesia. Muchos de esos reglamentos se remontan al tiempo del Papa San Clemente, que fué martirizado á fines del siglo I. Ved ahí lo que en ellos se lee:

«El Santo Sacrificio se celebrará en presencia de todos los fieles, de pie y rezando en voz baja; y cuando se haya ofrecido, cada uno, según la dignidad de su orden, reciba *el Cuerpo del Señor y su preciosa Sangre*. Aproxímense todos á la Santa Mesa con orden, temor y respeto, porque van á recibir el *Cuerpo del Rey de los cielos*. Después de haber recibido de esta suerte *el precioso Cuerpo y la preciosa Sangre de Jesucristo*, tributemos gracias á Aquel que se ha dignado hacernos participantes de sus adorables misterios.

San Ignacio, obispo de Antioquía, que en su niñez dícese había sido llevado en brazos, bendecido y abrazado por el Salvador, y que fué martirizado en Roma durante el imperio de Trajano, en el año 108, escribía á los cristianos de Esmirna, para tenerlos sobre aviso contra ciertos embrolladores de aquella época:

«Nada quieren (los embrolladores) con la Eucaristía, porque no quieren reconocer que la Eucaristía es la *Carne de Nuestro Señor Jesucristo.*»

San Dionisio Areopagita, discípulo de San Pablo, primer obispo de Atenas, apóstol de la Francia y primer obispo también de París, llama á la Eucaristía «la Santísima Víctima, el Sacramento de los sacramentos, la divinísima Comunión, los divinísimos Misterios.» Cuando ya casi contaba cien años de edad, fué martirizado igualmente en los primeros años del siglo II.

En la mitad de este mismo siglo, San Justino el Mártir, defendiendo la causa del Cristianismo en presencia del emperador Antonino, declara explícitamente que la Eucaristía encierra *la Carne misma que el Verbo de Dios tomó en el seno de la Virgen María.*

San Ireneo de Esmirna, obispo de Lyón, martirizado en el año 202, testigo como San Dionisio de la fe del Oriente y del Occidente, dice á su vez:

«El pan sobre el cual se ha pronunciado la consagración, *es el Cuerpo de Jesucristo, y el cáliz de su Sangre.*»

Tertuliano (desde el año 160 hasta el año 245), dice:

«Nosotros recibimos en nuestra carne *el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo,* á fin que nuestra alma viva y se alimente de Dios.»

Orígenes, sacerdote y doctor de Alejandría, (de 185 á 253), añade:

«Cuando tenéis la dicha de recibir el pan y el vino eucarístico, coméis y bebéis *el Cuerpo y la Sangre del Señor.*»

San Cipriano, obispo de Cartago, martirizado en 258, escribe:

«Nuestro Señor Jesucristo, soberano Sacerdote del Altísimo Dios, ofreció á Dios su Padre el Santo Sacrificio; bajo la forma del pan y del vino le ofreció *su Cuerpo y su Sangre.*»

Magnesco, sacerdote de Jerusalén, contemporáneo de San Cipriano, decía con todas sus letras:

«Jesucristo, tomando el pan y el vino, dijo con toda verdad:

« —*Este es mi Cuerpo...*

«Porque *no es la simple figura de su Cuerpo ó de su Sangre,* como algunos imbéciles lo han soñado (1), *sino con toda realidad el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.* Sí, Jesucristo ha dado á aquellos que en El creen *su propia Carne y su propia Sangre;* y El ha dicho: Yo, el Dios Santo encarnado, os doy el pan y el vino, y quiero que éstos sean *mi Cuerpo y mi Sangre.*»

Uno de los más antiguos Padres del desierto, San Nilo, escribía á principios del siglo IV:

(1) Ut quidam stupida mente nugati sunt.

«Después de las invocaciones y del descenso del Espíritu santificador, lo que hay sobre la Santa Mesa no son ya pan y vino, sino *el Cuerpo y la Sangre preciosa de Jesucristo nuestro Dios.*»

Y otro de estos mismos Padres decía también:

«De conformidad con la tradicional doctrina de la Iglesia católica, creemos que el pan eucarístico es el *Cuerpo mismo de Cristo,* y que el cáliz es la *Sangre de Cristo,* con toda realidad y no figuradamente. Creemos que el pan del cual dijo: *Este es mi Cuerpo, es verdaderamente su Cuerpo, el Cuerpo de Cristo.*»

Llegamos al fin de las grandes persecuciones, al comenzamiento del siglo IV. La misma fe en la presencia real se halla afirmada con la misma evidencia.

San Atanasio, obispo y patriarca de Alejandría (296 á 373), el intrépido defensor de la fe católica contra los arrianos, dice de la Eucaristía:

«Ved á los Levitas: ellos colocan sobre el altar el pan, y el cáliz lleno de vino: antes de las sagradas plegarias de la consagración, aquello no es otra cosa que pan y vino; pero inmediatamente después, *el pan queda trocado en el Cuerpo, y el cáliz en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.* Antes de las invocaciones no hay sobre el altar más que lo que la naturaleza produce; pero en cuanto han sido pronunciadas las grandes oraciones y las bendiciones misteriosas, el Verbo Eterno desciende sobre ese pan y sobre ese vino, *que se transforman en su Cuerpo.*»

San Hilario (300 á 367), obispo de Poitiers, el defensor de la fe en el Occidente, como lo era San Atanasio en el Oriente, usa el mismo lenguaje:

«Cristo mismo es quien lo ha dicho: *Mi Carne es verdaderamente un alimento, y mi Sangre es verdaderamente una bebida: aquel que come mi Carne y bebė mi Sangre, vive en mí y Yo en él.* No queda, pues, duda alguna de que es *verdaderamente su Carne, y verdaderamente su Sangre.*»

San Basilio, obispo de Cesarea (329 á 379), dice:

«Es soberanamente útil el comulgar todos los días y recibir *el santo Cuerpo y la Sangre de Cristo,* puesto que El mismo nos dice expresamente. *Aquel que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene la vida eterna.*»

San Optato de Milevia, en Africa (300 á 384), echando en cara á ciertos cismáticos de su tiempo el haber violado las iglesias, les dice:

«¿Acaso no sabíais lo que son nuestros altares? El altar es el trono donde *reposan el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.* ¿Qué os había hecho Jesucristo, para que así echaseis por tierra el sitio donde se complació en hacer descender *su Cuerpo y su Sangre? El Cuerpo de Jesucristo estaba en aquel lugar,* y vosotros habéis llevado á él vuestras sacrílegas manos.»

San Cirilo, patriarca de Jerusalén (315 á 386):

«Habiendo el mismo Jesucristo dicho del pan eucarístico: *Este es mi Cuerpo,* ¿quién se atreverá á ponerlo en duda en lo sucesivo? El afirma y dice formalmente: *Esta es mi Sangre:* ¿cuál será el

hombre suficientemente temerario para no creerlo y para decir: Esto no es su Sangre? En otro tiempo, en las bodas de Caná, Jesucristo convirtió el agua en vino: esto lo creemos; ¿pues por qué no hemos de creer también que convirtió más adelante el vino en su Sangre?... Creamos, pues, formalmente que, al recibir los Santos Misterios, recibimos *el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo;* que bajo la apariencia del pan se nos ofrece *el Cuerpo del Señor;* que bajo la apariencia del vino es su preciosa Sangre la que se nos presenta: y así ¡oh cristiano! cuando has recibido *el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo,* vienes á formar un solo y mismo cuerpo, una sola misma sangre con El; te conviertes en un Tabernáculo, puesto que su Cuerpo y su Sangre se han esparramado por todos tus miembros. Guárdate bien de tomar este Sacramento como meros pan y vino: es *el Cuerpo y la Sangre del Señor,* según las palabras mismas de Jesucristo. No quieras creer á tus sentidos: guíete y te confirme la fe sola, y ten por cosa muy cierta que lo que tú has recibido es verdaderamente *el Cuerpo y la Sangre de tu Dios.* Lo que se te figura ser pan, no es tal pan, sino *el Cuerpo de Cristo;* lo que se te figura ser vino, no es tal vino, sino *la Sangre de Cristo.*»

A la verdad, en presencia de estos tan espléndidos testimonios de la fe de la Iglesia primitiva, no se sabe qué pensar de la audacia de los ministros protestantes, que tienen la osadía de acusarnos de que creemos una cosa distinta de la que creían nuestros padres. Es menester que esos hombres

sean unos solemnes ignorantes ó unos solapados embusteros para atreverse á decir, como lo están diciendo desde hace tres siglos, que los primeros cristianos no creían en la presencia real.

Pero no habemos todavía terminado la lista de nuestros Doctores, y estamos convencidos de que el lector leerá con tanta satisfacción como provecho algunas otras citas, sacadas de los más célebres escritores de los siglos IV y V. En un tiempo como el nuestro, jamás es demasiado todo cuanto se hace para consolidar la fe.

Oid primeramente al ilustre arzobispo de Salamina San Epifanio (310 á 403):

«Aun cuando no vemos en el pan consagrado forma alguna de cuerpo, figura alguna de miembros, debemos saberque el Salvador mismo ha dicho: *Este es mi Cuerpo*. Nadie habrá que se atreva á dudar de sus palabras, y si alguien á tanto fuera osado, perdería desde aquel mismo punto la gracia y la salud.»

San Efrén, diácono de Edesa, en Siria (320 á 379):

«*El Cuerpo de Jesucristo* se une, se mezcla con nuestro cuerpo; *su Sangre* purísima se esparce por nuestras venas, nos llena enteramente todos. ¿Para qué sondear misterios insondables? Si pretendes comprenderlos, ya no crees; no eres más que un curioso. Cree ante todo, cree con toda sencillez; y recibe con fe plena y perfecta *el Cuerpo inmaculado y la Sangre de tu Dios*.»

San Gaudencio, obispo de Brescia, en la alta Italia, contemporáneo de los precedentes, cree y se expresa como ellos:

«Ya no es ni pán ni vino; Aquel que ha pasado en estas oblaciones las ha transformado *en su Cuerpo y en su Sangre*. Lo que tú recibes *es el Cuerpo de Jesús*, el pan del cielo; *es la Sangre de Jesús*, la Viña mística. Efectivamente, al presentar á sus Discípulos el pan y el vino consagrados, les dijo: *Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre*. Por favor, creamos la palabra de Aquel en quien creemos: la Verdad no puede mentir.»

San Jerónimo, sacerdote de Roma, que pasó cerca cuarenta años en Belén, y que murió en el año 420, no se expresa con menos formalidad que los anteriores:

«Entendámoslo bien: el pan que el Señor consagró y repartió á sus Discípulos, es el Cuerpo de Nuestro Señor y Salvador, puesto que El mismo ha dicho: *Tomad y comed, este es mi Cuerpo. Su Sangre es* la que bebemos; y todos los días la ofrecemos en sacrificio en el reino de su Iglesia, que es el reino de su Padre.»

Por su parte dice San Ambrosio (340 á 397), el gran obispo de Milán:

«Ese pan es pan antes de las palabras sacramentales; pero después de la consagración el pan queda transformado en el *Cuerpo de Jesucristo*. Mi alimento es Cristo. Cristo es mi bebida; *la Carne de mi Dios, la Sangre de mi Dios*, son mi alimento y mi bebida. De esta suerte me es dado Jesucristo todos los días.»

Y añade:

«No apliquemos al Cuerpo de Cristo las reglas

ordinarias de la naturaleza; enséñenos su Encarnación á penetrar la verdad del misterio eucarístico: el Señor Jesús, sobreponiéndose á las leyes de la naturaleza, nació de una Virgen. Aquí está la verdadera carne de Jesucristo tomada en el seno de la Virgen, la verdadera carne de Jesucristo que fué crucificada, que fué colocada en un sepulcro; aquí está verdaderamente el Sacramento de esta carne. Escuchad al Señor Jesús mismo que nos grita: *Este es mi Cuerpo*. Antes de la consagración no hay otra cosa que pan sobre el altar; después de la consagración lo que sobre el altar se ve es *el Cuerpo de Cristo*. El mismo Jesucristo dice que nos da *su Sangre*. Antes de la consagración lo que está contenido en el cáliz no es sangre; después de la consagración es *la Sangre del Señor*. Y el fiel responde: *Amén*, es decir, esto es verdad.»

Después de San Ambrosio oigamos á San Agustín, que, como se sabe, fué convertido por el Santo Obispo de Milán; después del maestro oigamos al discípulo, más grande todavía, si posible es, que su maestro. San Agustín, nacido en Africa en 354, fué obispo de Hipona, y murió en 430. Incesantemente reproduce en sus escritos su tema sobre el misterio eucarístico y la presencia real. Explicando las ceremonias de la Misa, tales como la Iglesia las ha venido observando siempre desde los Apóstoles, y tales como las observa todavía ahora, San Agustín se expresa en estos términos:

«Vienen entonces las preces santas de la consagración, que cambian el pan y el vino *en el Cuerpo*

y Sangre de Jesucristo. Sin la consagración no hay allí otra cosa que pan y vino. Con la consagración es ya otra cosa muy distinta. ¿Y qué es? Es el Cuerpo de Cristo, es la Sangre de Cristo. A este misterio ès á lo que respondéis todos: *Amen*. Y ya sabéis que en latín *Amen* quiere decir: Es cierto.

«Los judíos se acercaron á Jesús para crucificarle; nosotros los cristianos nos acercamos á El para recibir *su Cuerpo y su Sangre*. Los judíos, al crucificarle, se hundieron en las tinieblas; y nosotros, *comiendo y bebiendo al Crucificado*, nos bañamos en la luz... ¡Reconoced en ese pan el que fué suspendido en la cruz! ¡Reconoced en esa sangre la que brotó del herido Corazón del Redentor! Venid todos y alimentaos *del Cuerpo de Cristo;* venid y bebed *la Sangre de Cristo*.

«Cristo es por lo tanto el que se halla presente aquí sobre el altar; Cristo mismo es el que aquí es sacrificado; Cristo es el inmolado aquí; *Cristo es el aquí recibido en su Cuerpo y en su Sangre:* el mismo que en el Cenáculo dió á sus Discípulos el Pan y el Cáliz es quien ahora los consagra. Porque no es el hombre el que consagra *el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se nos sirven;* es el mismo Jesucristo que por nosotros fué crucificado. Las palabras son proferidas por los labios del sacerdote, *el Cuerpo y la Sangre* son consagradas por el poder de Dios y por la gracia.»

¿Os parece si esto explica bien catequísticamente la presencia real?... Y estas palabras en boca de los antiguos Padres de la Iglesia tienen tanto más

peso cuanto que durante los primeros siglos la mayor parte de los misterios del Cristianismo no eran publicados sino con muchísima reserva, á fin de evitar la profanación de los paganos. Es á lo que se llamaba la *ley del secreto;* y esto afecta á todos sus escritos, y á cada una de sus páginas. Véase una muestra de ello, sacada del mismo San Agustín, quien, sin embargo, hablaba en una época en que las verdades cristianas no se veían ya precisadas á ocultarse. En un sermón en el cual demuestra cuán superiores son los fieles á los simples catecúmenos, es decir, á los aspirantes al Bautismo, el Santo Doctor se expresa así:

«Si á un catecúmeno le preguntamos: «¿Crees «en Jesucristo?» nos responderá: «Creo en El;» y hará la señal de la cruz. Preguntémosle entonces: *¿Comes la Carne del Hijo del hombre? ¿Bebes la Sangre del Hijo del hombre?* y no comprenderá una palabra de lo que le estaremos diciendo... Vosotros, pues, hermanos míos, que habéis hecho ya profesión, venid á recibir *la Carne del Señor,* venid á recibir *la Sangre del Señor.*»

Pondremos fin á los magníficos testimonios de la antigüedad cristiana en favor de la presencia real con las siguientes palabras de San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, que al igual de San Ambrosio y de San Agustín murió en los primeros años del siglo V.

«¡Oh hombre! tú que no eres más que ceniza y polvo, reflexiona y mira cuál es la Víctima con que vas á alimentarte; mira cuál es la mesa á que estás

convidado; ¡tú no eres más que ceniza y polvo, y recibes *el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo!*... Imponga silencio á nuestra razón la palabra de Jesucristo: su palabra es infalible, y nuestra razón se engaña fácilmente. Puesto que El ha dicho: *Este es mi Cuerpo*, sometámonos y creamos. Lo que el cielo encierra de más augusto te lo mostraré presente aquí en la tierra. En el palacio de un rey, lo que hay más augusto es la persona, es el cuerpo mismo del rey sentado en su trono: así pasa con lo del cielo. Pues bien: el Cuerpo del Rey de los cielos es lo que se te ha permitido contemplar aquí, sobre el altar. No es un Angel, no es un Arcángel, no es tampoco el cielo, ni el cielo de los cielos lo que aqui te muestro: es el soberano Señor de todos ellos.»

Deténgome aquí, para no cansar más al lector. Si fuera menester reunir todos los testimonios de los Padres de la Iglesia sobre la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, se deberían formar con ellos muchos y muy grandes volúmenes. Bastante y de sobras hay con lo dicho ya para convencer á todo hombre de buena fe...

Así, pues, con toda la antigüedad, con los Mártires, con los Apóstoles y con el Evangelio, creemos y decimos lo que San Remigio decía al primer rey cristiano del mundo, á Clodoveo, el glorioso jefe de la monarquía francesa:

«Jesucristo está en realidad presente en la Eucaristía: aun cuando en ella no se vea más que pan, ella *es verdaderamente el Cuerpo de Jesucristo*.»

XIII.

Por qué Jesucristo, presente en el Santísimo Sacramento, se oculta á nuestras miradas.

Nuestro Señor Jesucristo se oculta bajo las especies eucarísticas por tres sencillísimas razones:

La primera es porque en este suelo debemos *creer*, para que un día merezcamos *ver:* en el cielo y no en la tierra es donde Dios se pone á descubierto con todos los esplendores de su belleza infinita; y esta felicidad la reserva á los hombres que habrán creído en El sobre la tierra. El tiempo que sobre la tierra vivimos es el tiempo de la fe, es el tiempo de la prueba: es preciso merecer por medio de nuestra fidelidad la dicha eterna y la recompensa del Paraíso. Aquellos que habrán creído verán; aquellos que no habrán querido creer, estarán eternamente sumidos en las tinieblas y privados de la vista de su Dios. Creamos á Jesucristo bajo su palabra; ¿acaso no lo dijo explícitamente El mismo cuando echó en cara al apóstol Santo Tomás el no haber querido creer sin ver?

«Porque has visto, Tomás, has creído: ¡bienaventurados aquellos que creyeron sin haber visto!»

Nuestro Señor Jesucristo, presente y vivo en el Santísimo Sacramento, permanece, pues, oculto en él para probar nuestra fe, para obligarnos á someter nuestra razón á su palabra y á la doctrina de su Iglesia, y para hacernos merecer de esta manera

el verle un día frente á frente en el reino de los cielos.

¡Vaya un bonito mérito que se tendría en creer la presencia real del Salvador en el Santísimo Sacramento, si se viera en él! La fe es y debe ser meritoria, tanto como la mansedumbre, como la humildad, como la paciencia y como todas las demás virtudes cristianas.

Así, pues, mientras que vivamos en este mundo, contentémonos con creer sin ver, y no vayamos á pedir lo imposible.

La segunda razón por la cual Nuestro Señor Jesucristo se oculta en el Santísimo Sacramento bajo las apariencias del pan y del vino, es la de que se halla en aquel sitio para ser el *alimento* espiritual de los cristianos. Por esta razón tomó esa forma y no otra: el pan y el vino son, en efecto, la base de la alimentación del hombre.

Si Nuestro Señor Jesucristo se dejase ver en el Santísimo Sacramento bajo su forma humana, ¿cómo podríamos recibirle como alimento? Sería cosa físicamente imposible. Por el contrario, bajo la forma de una pequeña hostia le es más fácil entrar en nosotros, y verificarlo por nuestra boca como todo otro alimento. Y luego que, de esta manera, la sola vista del Santísimo Sacramento se convierte para nosotros en una enseñanza que nos recuerda á un mismo tiempo, la obligación que tenemos de recibir á Jesucristo, y la extrema facilidad que su bondad nos proporciona para cumplir con este deber.

En la Eucaristía Nuestro Señor Jesucristo es, como El mismo dice, el *Pan* de vida, el *Pan* vivo descendido del cielo; y para mejor convencernos de la verdad de sus palabras conserva en ese dulce misterio la forma exterior de pan. Pedir lo contrario sería anular los designios del Señor é ir directamente contra la institución misma del Sacramento.

Por último, la tercera razón por la cual Jesucristo se oculta á nuestras miradas en la Eucaristía, es porque en ella se encuentra en aquel estado de gloria celestial que nadie puede ver sin morir. «Nadie verá mi gloria y permanecerá vivo,» decía el Señor á su servidor Moisés. Nuestro Señor Jesucristo, en el Tabor, no mostró á los Apóstoles más que un débil rayo, ó por mejor decir, un pálido reflejo de su gloria celestial. Y lo mismo debe decirse de todas las apariciones que después se ha dignado hacer á muchos Santos.

Cuando nuestros cuerpos habrán resucitado, cuando nuestros sentidos estarán plenamente purificados por la terrible expiación de la tumba, entonces y solamente entonces verán nuestros ojos á Jesucristo en la gloria de su Padre, oirán nuestros oídos su divina voz, y le tocarán nuestras manos, y seremos todos de El como será El todo de nosotros.

Los Santos que gozan ahora de la felicidad del cielo, sólo gozan de ella en sus almas: sus cuerpos (salvo el de la Santísima Virgen que ya está resucitado) esperan, en la humillación de la muerte, el

día venturoso en que compartirán con sus almas los goces, las alegrías del Paraíso.

Lo repito: no conviene pretender lo imposible: Nuestro Señor Jesucristo vive oculto aquí en la tierra en el misterio eucarístico, porque no puede, porque no debe estar de otro modo en él.

XIV.

Por qué Jesucristo permanece silencioso y como impasible cuando se le insulta en el Sacramento de su amor.

PRIMERAMENTE porque, para los malos, lo mismo que para los buenos, la Eucaristía es el *Misterio de fe,* y porque los insultos de un impío no son motivo suficiente ni mucho menos para hacerle ver á Aquel á quien se atreve á ultrajar. Sin esto, bastaría insultar al Santísimo Sacramento para descubrir milagrosamente en él á Jesucristo y verle con nuestros propios ojos. Con esto tendríamos que la impiedad obtendría milagros, y francamente ¿no os parece que esto es una aberración?

Y luego, ¿serían dignos esos impíos, esos sacrílegos, de ver á Aquel cuya sola vista les convertiría? Al amor y no al oído se manifestaría el Divino Salvador, si manifestarse quisiera: en presencia de los Pilatos, de los Herodes, de los fariseos, de los blasfemos y de los verdugos, Jesús se calla y se callará siempre hasta la consumación de los siglos.

Este mismo silencio es un castigo, pues endurece y extingue el último resto de fe, y contiene hasta los remordimientos.

El impío que insulta al Santísimo Sacramento hace lo mismo que los judíos hacían en el Calvario.

—¡Ea! gritaban ellos al Hijo de Dios pendiente de la cruz para salvarles; ¡ea! Tú que destruyes el templo y lo reedificas en tres días, desciende, pues, ahora de tu cruz... Vedle, añadían, ha salvado á los demás, y no es capaz de salvarse á sí mismo... Si eres verdaderamente Hijo de Dios, desciende de la cruz y creeremos en Ti...»

Y Jesús no descendió de la cruz; y no dijo otra cosa más que esta divina frase, que convirtió al buen ladrón.

—¡Padre, perdonadles, porque no saben lo que hacen!

Nuestros protestantes, nuestros incrédulos, nuestros sacrílegos, hacen lo mismo que los judíos.

—Tú que haces milagros, Tú de quien la Iglesia dice que eres su Dios, á ver si te dejas ver á nuestras miradas, si verdaderamente estás ahí... Si eres Cristo, si realmente te hallas presente en esa hostia, aparta los velos de tu Sacramento. Déjate ver... y creeremos en Ti.

Y como en el Calvario Jesús se calla.

No, la blasfemia no es el camino que conduce á la fe; y los que ultrajan á Jesucristo en la Sagrada Eucaristía se engañan miserablemente si es que se figuran que la simple vista del Salvador habría de bastar para convertirles. Lo que les pasaría sería

coger miedo, echar á correr y nada más. Y cuando se hubieran repuesto de su terror, no habrían ganado otra cosa que ponerse más furiosos, y procurarían buscar en el arsenal de la ciencia moderna el modo de explicar lo más naturalmente posible «aquel fenómeno singular, aquella ilusión óptica, aquella alucinación de los sentidos, etc.» La fe, que no es hija de la impiedad, lo es mucho menos del terror; la fe es una gracia que únicamente germina en los corazones puros, humildes y sinceros.

Para convertir no bastan los milagros. Ved á Caifás, ved á los fariseos.

—Este hombre hace milagros se dicen los unos á los otros, y nosotros no lo podemos negar.

Todos los perseguidores, desde los de los Apóstoles hasta los de nuestros Mártires contemporáneos, han podido decir otro tanto; todos han sido testigos de un sinnúmero de prodigios... ¿Se convirtieron por eso?

Así, pues, Nuestro Señor Jesucristo permanece y debe permanecer impasible en presencia de aquellos que le ultrajan en el Santísimo Sacramento. Tiene paciencia con ellos, como con todos los demás pecadores, porque la eternidad le pertenece. Sus enemigos no pueden librarse de su terrible justicia: ¿por qué, pues, habría de precipitarse? Es el Dios de las misericordias, y quiere, no la muerte, sino la conversión del pecador, y generalmente deja á los infelices locos que le insultan el tiempo suficiente para convertirse.

Sin embargo, como más adelante veremos, su-

cede á veces que se irrita y castiga inmediatamente á los sacrílegos; pero éstas no son más que milagrosas excepciones, que ponen todavía más de manifiesto las vías habituales de su Providencia.

XV.

Nuestro Señor Jesucristo ha manifestado á menudo con relevantes milagros su presencia real en la Sagrada Eucaristía.

JESUCRISTO es bondadoso y paciente, y por esto habitualmente guarda silencio cuando es ultrajado por los pecadores: es bueno é indulgente, y por esto á menudo se ha dignado manifestar milagrosamente en el transcurso de los siglos su presencia en el Santísimo Sacramento para fortalecer la fe de los pueblos, para reanimar su piedad y para consolar á los que le son fieles.

Podría referir aquí centenares de milagros auténticos, que atestiguan de la manera más clara la presencia real del Salvador en la Sagrada Eucaristía. Ved ahí alguno de los más sorprendentes, de los más indudables, y cuya publicidad les ha revestido de un carácter de certeza completamente extraordinario.

Voy á referirlos sencillamente por orden de fechas, limitándome á los cinco ó seis últimos siglos, en los cuales se pueden más fácilmente recoger ciertas circunstancias, ciertos detalles que satisfacen más y mejor las exigencias de una sana crítica.

La Santa Hostia de Douai, en Flandes.

En el año 1254, un sacerdote que acababa de distribuir la Comunión Pascual en la iglesia de San Amado, en Douai, Flandes, encontróse una hostia en el pavimento. Vivamente afectado, arrodillábase para cogerla, cuando ella por sí misma se levantó y fué á colocarse encima del purificador... El sacerdote llamó en seguida á los canónigos, acudieron éstos y completamente maravillados quedaron viendo, no ya la Hostia, sino el sagrado Cuerpo de Jesucristo, bajo la forma de un niño de una hermosura celestial. También fué convocado el pueblo, y todos indistintamente fueron testigos del prodigio...

«Como este milagro metiese mucho ruído—escribe un historiador de aquella época,—trasladéme personalmente á Douai; fuí á la iglesia de San Amado, y habiéndome dirigido al deán, á quien conocia yo particularmente, le supliqué me dejase ver la Hostia milagrosa. Dió él sus órdenes, abrióse el copón y vi la Santa Hostia... A todos los circunstantes les oía exclamar que veían á su Salvador... Pero yo no veía otra cosa que el Sacramento en forma habitual. Sorprendido y contristado, consulté mi conciencia para saber si tal vez alguna falta secreta me privaba de la gracia que á todos los demás regocijaba; cuando en medio de sentimientos que no acierto á explicar, divisé la adorable faz de mi Señor Jesucristo. No era un niño el

que yo veía: su cabeza que se presentaba casi de perfil, ladeada hacia la izquierda, estaba ligeramente inclinada sobre su pecho; hallábase coronada de espinas y dos gruesas gotas de sangre se deslizaban por sus mejillas... Caí de hinojos adorando el Señor y derramando fervorosas lágrimas... Cuando me levanté, había desaparecido la sangrienta corona, y vi únicamente á mi Divino Maestro tal como debía ser durante los años de su vida pública: larga era su nariz, arqueadas sus cejas, inclinados los ojos; flotaba la cabellera por encima de sus hombros; su pelo junto á las orejas y en torno de la boca era bastante espeso, y se encorvaba un poco debajo de la barba; su frente era alta y majestuosa, flaco su rostro, y largo el cuello y un poco inclinado, lo propio que la cabeza. Todo respiraba bondad en esta divina faz.»

El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo se distinguía tan pronto bajo una forma, como bajo otra diferente; unos le veían extendido en la cruz, otros en la majestad del juicio, la mayor parte bajo la figura de un niño. Lo cual es una razón para hacer notar que en este milagro eucarístico, como en todos los demás, después de todo las especies sacramentales únicamente desaparecen para darnos testimonio de la verdadera presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y no para mostrárnoslo en el inaccesible estado de su gloria, en el estado en que le veremos un día en el paraíso.

Este milagro de San Amado, examinado jurídica-

mente y autentizado, no sólo por las Autoridades eclesiásticas de aquel tiempo, sí que también por los Soberanos Pontífices Paulo IV y Clemente XIV, dió lugar á la célebre Cofradía del Santísimo Sacramento erigida en aquella iglesia, y que desde su fundación contó entre sus hermanos á una multitud de personas de las más respetables por su categoría y por su piedad.

El Sagrò Corporale *de Bolsena.*

En el año 1264 aconteció en Bolsena, pequeña ciudad de los Estados-Pontificios, otro milagro del cual se habló todavía mucho más que del anterior, y que decidió al Papa Urbano IV á instituir la festividad y procesión solemne del Santísimo Sacramento, de que se estaba tratando hacía ya unos veinte años.

Un sacerdote, mientras estaba celebrando la Misa en la iglesia de Santa Cristina, se entretuvo, después de la consagración, en una culpable duda sobre la presencia real. Repentinamente el vino consagrado toma la forma y el color de la sangre: empieza á hervir, salta por encima de los bordes del cáliz, cubre el corporal de dilatadas manchas de sangre, y cae hasta en los escalones de mármol de la peana del altar... El sacerdote asustado echa á correr, refiere lo que acaba de pasar, acúdese de todas partes, y averiguado el hecho, corren á prevenir al Soberano Pontífice, que se encontraba á la sazón á poca distancia de allí, en Orvieto. El

Papa envió un Legado y muchos otros Prelados para asegurarse del hecho, y una solemne procesión, á la cual asistió el pueblo todo, trajo á la catedral de Orvieto aquel corporal divinamente ensangrentado, que todavía en la actualidad se venera allí, y que es conocido en toda Italia con el nombre del *Sagro Corporale*, hallándose encajado en un magnífico reliquiario. Las manchas, un poco desleídas ya por el tiempo, presentan, si no todas, por lo menos las más grandes, el perfil de la cabeza del Salvador.

Los escalones coloreados por la milagrosa sangre fueron igualmente puestos aparte, y los fieles pueden todavía venerarlos en Bolsena, en la misma iglesia donde tuvo lugar el prodigio.

El gran pintor Rafael escogió el milagro de Bolsena por asunto de uno de sus más bellos frescos de las *Stanzas* del Vaticano.

La Hostia milagrosa de San Gervasio, en París.

En 1274, cuatro años después de la muerte de San Luís, la villa de París fué á su vez testigo de una grande y divina manifestación de la presencia real. En la iglesia de San Gervasio un malhechor robó durante la noche un vaso sagrado que contenía la Santa Eucaristía. Llegado el sacrílego á la plaza de San Dionisio, trató de romper el vaso, pero fueron inútiles sus esfuerzos, y vió con horror que la Sagrada Hostia se levantaba del suelo y daba vueltas á su alrededor. Descubrióse de este mo-

do su impiedad; y entregado á la justicia eclesiástica, y por ésta al brazo seglar, el miserable recibió el castigo que merecía.

La Hostia milagrosa quedó suspendida en el aire en presencia de todos.

Esteban, obispo de París, en el territorio del cual había sido sustraída la Hostia, reivindicó el honor de recobrarla y organizó una solemne procesión á la cual fué convocado su clero todo. Por su parte el abad de San Dionisio, Mateo de Vendome, al frente de todos sus Religiosos, se trasladó al sitio testigo del milagro, en la creencia de que habiéndose verificado el prodigio en el territorio de su jurisdicción abacial, pertenecía desde aquel momento á la abadía de San Dionisio, y no á la diócesis de París, aquella sagrada y milagrosa prenda de la presencia real. Encontráronse allí las dos procesiones, y la santa Hostia fué por sí misma á colocarse entre las manos del párroco de San Gervasio, siendo devuelta con gran pompa al mismo paraje de donde había sido extraída.

Desde aquel día, todos los viernes del año se canta en la iglesia de San Gervasio una Misa solemne en honor del Santísimo Sacramento, en testimonio de adoración y de reparación; y cada año en el primer domingo de Septiembre, día aniversario del milagro, se celebra en ella una suntuosa fiesta para honrar muy especialmente el misterio del Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía.

Nótese el carácter público oficial y completamente auténtico de éste y de los demás prodigios.

El milagro de las Billettes *en París.*

¿Quién no ha oído hablar de esotra manifestación milagrosa de la presencia real, que se hizo célebre en París y en Francia bajo el nombre de *milagro de las* Billettes (1)?

Era en 1290 durante el reinado del impío Felipe el Hermoso. Una mujer pobre había ido á empeñar su vestido en casa de un judío por la cantidad de treinta sueldos parisienses, equivalentes poco más ó menos á cincuenta francos (unos doscientos reales). El 2 de Abril, pocos días antes de la Pascua, fué á ver al judío para suplicarle le devolviese su vestido para aquella fiesta, á fin de poder ir con más decencia á cumplir el precepto pascual.

—Con mucho gusto, le contestó el judío: os lo dejaré, no sólo para ese día, sino hasta para siempre y sin intereses, si queréis traerme ese pan que recibiréis en la iglesia y que vosotros los cristianos pretendéis ser vuestro Dios: me gustaría ver si efectivamente lo es.

Fuera por ignorancia ó bien por ambición, ello es que la miserable mujer se avino á la propuesta, y habiendo comulgado en San Merri, su parroquia, guardóse furtivamente la Sagrada Hostia, trájola al judío, y se marchó.

Colocó éste la Santa Hostia en un cofre, y comen-

(1) Dejamos en francés esta palabra, porque aun cuando tiene equivalente en nuestra lengua, no creemos poder aplicarla por su impropiedad. *(N. del T.)*.

zó á pincharla á cuchilladas... Sorprendido y furioso viendo salir sangre de ella, cogióla y la clavó con un martillo, mas empezó á brotar la sangre al rededor del clavo. Entró entonces el judío en una especie de arrebato de rabia, arrancó el clavo, cogió la Santa Hostia y la arrojó al fuego... Creía deshacerse de este modo de ella; pero ¡cuál fué su terror al ver á la misteriosa Hostia salir intacta de en medio de las llamas é ir revoloteando de uno á otro lado de la habitación!

Su mujer y sus hijos se hallaban estupefactos: en cuanto á él, cada vez más furioso, salta, coge de nuevo la Hostia, la pega á un poste y empieza á sacudirle sendos latigazos. Pretende después cortarla en pedazos con un cuchillo de cocina, pero son inútiles todas sus tentativas, pues la Hostia permanece toda entera, sin la más mínima lesión. Desvanecido, arrastrado por una rabia diabólica, tráela á las letrinas de su casa, y digno hijo de sus padres, fíjala en la pared con tres clavos, y la atraviesa después con un gran venablo. Arroyos de sangre brotan de la Hostia...

No sabiendo ya qué hacer, desclávala todavía aquel malvado, cógela encolerizado y va á arrojarla en un caldero de agua hirviendo que su mujer había colocado en la lumbre. ¡Oh prodigio! aquella agua toma toda el color de la sangre, y la santa Hostia se eleva sobre la superficie dejando ver al judío, á su mujer y á su hijo la figura del Salvador crucificado, tal como estaba cuando murió en la Cruz... La mujer horrorizada y conmovida al mismo tiem-

po, echa entonces en cara á su marido todo lo que acaba de hacer, y éste perdida la cabeza, echa á correr y va á esconderse en el fondo de su bodega.

En aquel mismo instante estaban tocando á Misa mayor en la iglesia inmediata, y llenaban la calle los fieles que á ella se dirigían. Uno de los hijos del judío, bajo la impresión de lo que acababa de ver, dijo á algunos niños camaradas suyos que se encaminaban al templo:

—Vais á perder el tiempo con ir á rezar á vuestro Dios en la iglesia, porque ya no está; mi padre después de haberle atormentado mucho, acaba de hacerle morir.

Oídas por una vecina, estas palabras excitaron su curiosidad; entráronle sospechas de que había pasado algo grave, y penetró en casa del judío con el pretexto de pedir una poca de lumbre. Desde luego divisó el crucifijo ensangrentado y sosteniéndose encima del caldero, y cayendo de rodillas adoró al Señor... Mas en breve desapareció la forma del crucifijo y no vió la mujer otra cosa que la Hostia consagrada, que por su propia virtud fué á colocarse en un vaso que en su mano traía aquélla. Corrió la piadosa vecina á traer inmediatamente su precioso tesoro á la iglesia de San Juan en Greve, donde la milagrosa Hostia fué colocada por los sacerdotes en un viril de oro.

Esparcióse en breve por París la noticia de aquel milagro. Invadió el pueblo la casa del judío, apoderóse de su persona, y le condujo prisionero con su mujer y sus hijos. Comparecieron todos

ante el tribunal del Obispo, confesaron el crimen con todas sus circunstancias, y el detestable sacrílego fué condenado por la justicia del rey á ser quemado vivo en la plaza de Greve. Su mujer y sus hijos, lo propio que muchos otros judíos, impresionados por aquel gran milagro, se convirtieron al Cristianismo y recibieron el agua purificadora del Bautismo.

La casa del judío fué arrasada, y reemplazóse por una capilla y un convento de Religiosas Carmelitas. Las paredes que existen todavía, estaban en varios puntos adornadas con esculturas que representaban la Sagrada Eucaristía; pero los protestantes, en cuyas manos desgraciadamente ha caído ese magnífico monumento de la presencia real, las han hecho desaparecer, durante estos últimos años, tanto como les ha sido posible. Vese todavía el sitio del hogar donde se apareció Nuestro Señor Jesucristo bajo la figura de su crucifixión.

Hasta que vino la gran Revolución, celebrábase cada año la memoria del «milagro de las *Billettes*» con una solemne Misa, y exponíase á la veneración de los fieles la Hostia milagrosa, que se conservaba en un tubo de cristal.

Extraña cosa es que los protestantes, enemigos declarados de la presencia real, hayan consentido en establecerse en un sitio cuyas solas paredes les acusan y les condenan.

Ved ahí, pues, un milagro ó más bien una serie de milagros tan auténticos, tan demostrados como desear se pueda, confesados por el culpable y por

los testigos oculares. Y sin embargo, el judío no se convirtió. Prueba evidente de que los milagros por sí solos no dan la fe; pero consuelan en gran manera la piedad y avivan el fervor de aquellos que creen.

El copón de San Casimiro, en Polonia.

En 1345 San Casimiro, rey de Polonia, elevó un magnífico santuario destinado á perpetuar el recuerdo de un milagro que acababa de verificarse á su vista, y que había conmovido á todo el reino. Unos ladrones habían robado un copón que contenía las Sagradas Especies. Como que el copón era de cobre dorado y no tenía por consiguiente el valor que ellos se habían figurado, arrojáronlo despechados en un pantano que se encontraba en su camino. Inmediatamente se incendió el pantano, y ardientes llamas le iluminaron incesantemente. El Obispo del lugar, desconociendo la causa de aquel prodigio y creyendo ver en él una amenaza del cielo, ordenó un ayuno de tres días. Después habiéndose trasladado procesionalmente al paraje del misterioso incendio, hizo oración, y no tardó en divisar el santo copón que era su causa sobrenatural. Devolvió con grandes demostraciones de respeto al lugar de donde le habían sustraído los ladrones, y el piadoso Rey de Polonia construyó con esta ocasión el santuario de que hemos hecho mención y donde se conservaban las sumarias auténticas del milagro.

La Sagrada Hostia de Bruselas.

Algunos años después, en 1369, quiso también Nuestro Señor Jesucristo manifestar de una manera milagrosa su presencia en la Eucaristía, con motivo de un horroso sacrilegio que tuvo lugar en los Países-Bajos en Enghien, cerca de Bruselas. Como en las *Billettes*, fué un judío el autor del atentado.

Llamábase Jonatás, y presidía la sinagoga del lugar. Extremado era su odio hacia los cristianos. Habiendo sabido que la conversión al Cristianismo de un vecino de Bruselas, llamado Juan de Louvain, era tan sólo aparente, fué á encontrar á aquel traidor, y mediante la promesa de una fuerte suma de dinero le decidió á que le proporcionase Hostias consagradas. Juan se introdujo efectivamente durante la noche en la iglesia de San Juan de Molembeck, situada fuera de la ciudad y sumamente aislada, y habiendo forzado su tabernáculo, sustrajo de él el copón que contenía una Hostia grande y otras quince pequeñas, remitiéndolas todas á Jonatás.

Este, poseído de una satánica alegría, se burlaba con más viveza que nunca de nuestros santos misterios, prodigándoles cuantas imprecaciones y blasfemias se le ocurrían...

Algunos días después fué asesinado por unos malhechores; y su mujer, horrorizada, creyó ver en aquel fin trágico un castigo de Dios. Temerosa

de que á ella á su vez le alcanzase también el castigo por haber cooperado á la impiedad de su marido, abandonó la aldea de Enghien, pasó á Bruselas, y puso el copón en manos de sus correligionarios de esta ciudad. Estos lo reservaron para el Viernes Santo del año siguiente, 1370, con el objeto de celebrar á su manera el aniversario del gran deicidio.

Llegado el día se reunieron en su sinagoga y extendieron todas las Santas Hostias encima de una mesa, y luego abandonáronse á todos los furores de su impiedad, aplicándolas gran número de cuchilladas. Brotó la sangre, y á su vista cayeron todos de espaldas, como en otro tiempo lo habían hecho los del jardín de los Olivos; pero vueltos en sí al poco rato, y habiendo dominado su terror, deliberaron y se decidieron á hacer desaparecer sin tardanza aquellas peligrosas acusadoras, enviándolas á sus cofrades de Colonia.

Buscaron, pues, una mujer de confianza, y encontraron una, llamada Catalina, que se puso inmediatamente en camino para cumplir su infame comisión; pero á poco trecho, atormentada por vivos remordimientos, desanduvo el camino que hiciera y fué á depositar el copón con las Hostias en poder del Cura de su parroquia, refiriéndole detalladamente todo cuanto había acontecido. El sacerdote recibió el copón, y se apresuró á poner el caso en conocimiento del duque y la duquesa de Brabante. Horrorizado el duque, mandó prender inmediatamente á los culpables; formóseles causa,

fueron plenamente convictos y recibieron el castigo que su crimen había merecido, siendo ejecutada la sentencia en la misma ciudad de Bruselas, cerca del sitio llamado la Gran Torre, la víspera de la Ascensión, en el año 1370.

Fueron consignados los detalles todos de este milagro en los archivos de la ciudad y en muchas y muy acreditadas obras, sometidas á la más severa crítica. Las Hostias milagrosas se conservan en la iglesia de Santa Gudula, en Bruselas, donde se ven todavía los cuadros que recuerdan los principales pasos de aquel acontecimiento.

El milagro de Turín.

En Turín, en el año 1453, introdújose un malhechor en una iglesia, destrozó el tabernáculo, y se apoderó de todos los vasos sagrados, cargándolos encima de su caballo. Comenzaba á declinar el día, y el ladrón con su sacrílego botín pasaba por una plaza de la ciudad, cuando de pronto su caballo dobló las dos piernas delanteras y se quedó como arrodillado. Inútiles fueron los repetidos golpes que le dió su dueño: no por ello abandonó el animal su postura. Fueron deteniéndose los transeúntes; reunióse la gente, rodearon al ladrón, y viéndole turbado, empezóse á sospechar algo: poco tardaron en descubrirse los vasos sagrados que le acusaban. Mientras algunos de los circunstantes le ataban para mejor asegurarle, una Hostia que había quedado en un copón, escápase á la vista de todos y se

eleva radiante por los aires, quedándose en ellos suspendida á una altura de sesenta y ocho pies.

No tardó en esparcirse por toda la ciudad la noticia del milagro. Convoca desde luego el Arzobispo una procesión general que quiere presidir personalmente; llega, y á la vista de toda la ciudad reunida y prosternada presenta un cáliz á la Santa Hostia, la cual desciende lentamente y va á colocarse en él. En medio de los transportes de admiración y alegría de la multitud, fué conducida á la iglesia metropolitana de San Juan.

En memoria de aquel esplendente milagro, se erigió un templo en la plaza misma donde había tenido efecto. Hace pocos años que se veía aún en un rincón detrás de una balaustrada la siguiente breve inscripción conmemorativa: *Hic stetit æquus:* «Aquí se detuvo el caballo;» inscripción que indicaba el sitio donde el caballo del ladrón se había puesto de rodillas.

Todos los años la diócesis entera celebra este grande acontecimiento con una fiesta, y la ciudad de Turín la conmemora con una solemne procesión.

El prodigio, jurídicamente probado y consignado en los archivos de Turín, aconteció en 1453, el 6 de Junio, durante el pontificado de Nicolás V y el reinado de Luís de Saboya, padre del bienaventurado Amadeo, que fué el mismo Arzobispo de Turín que recibió la Santa Hostia, según acabamos de referir.

Además de esta solemnidad anual, los fieles de Turín celebran cada cincuenta años, con gran pom-

pa, el recuerdo de aquel milagro en la iglesia del *Corpus Domini*, especialmente consagrada á este objeto. Antes de las recientes revoluciones que han conmovido la Italia, existía aún y presidía estas fiestas una Cofradía de eclesiásticos instituída desde aquella época para honrar al Santísimo Sacramento.

Nicolasa de Vervins.

Pocos años después de la invasión del Protestantismo en Francia, Nuestro Señor quiso *protestar* á su manera contra las blasfemias antieucarísticas de los nuevos sectarios, por medio de un hecho tan auténtico como extraordinario, que sirvió poderosamente para sostener la fe de los católicos.

La Francia entera estaba á fuego y á sangre; el furor de los hugonotes promovía por doquier increíbles atrocidades; más de mil iglesias acababan de ser saqueadas, gran número de sacerdotes, de Religiosos y de Religiosas habían sido asesinados, quemados vivos, ahorcados y martirizados; las Santas Hostias eran por todas partes profanadas con refinamientos tales de impiedad y de indecencia, que no nos atreveríamos á citarlos; la Eucaristía se había convertido en el blanco de los más horribles ataques; justo era y muy justo que el Divino Salvador consolase y fortaleciese á sus fieles por vías extraordinarias. Esto fué lo que hizo en la persona de una pobre joven del Laonnais, Nicolasa de Vervins, quien para toda la Francia se convirtió

en verdadero instrumento de las misericordias del Señor.

Permitió Dios que tres príncipes de los demonios, á saber, Belcebú, de quien habla especialmente el Evangelio; Astarot, adorado en otro tiempo en Tiro bajo el nombre de Astartes ó Venus, y otro llamado Gerbero, honrado también por los paganos con un culto público, entrasen en ella con una *legión* de demonios inferiores, á fin de atraer sobre esta sencilla y piadosa joven la atención general, y poner completamente de manifiesto por medio de milagros que duraron sin interrupción más de tres meses, la realidad de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar. Todas las Autoridades, eclesiásticas y civiles, han atestiguado de la manera más explícita la certeza de los hechos: testigos fueron de ellos los ministros protestantes al igual de los sacerdotes católicos: pasáronse las cosas en pleno día, en público, y, como ya he dicho, durante tres meses consecutivos acudíase á presenciarlos de cien leguas á la redonda; y más de cien mil personas fueron testigos de aquellos hechos sobrenaturales.

El Rdmo. Juan de Bours, obispo de Laón, gran limosnero del rey de Francia Carlos IX, era quien personalmente hacía los exorcismos solemnes, y esto en plena catedral, sobre un tablado levantado expresamente, en presencia de todo su clero, de los magistrados de la provincia y de una concurrencia que diariamente ascendía á diez, quince y hasta veinte mil personas. Un notario del

Rey era quien, durante la sesión, redactaba las sumarias. Y los hugonotes asistían á estos actos, y lo examinaban minuciosamente todo con una impotente cólera.

Ya comprenderá el lector que en este pequeño trabajo no puedo referirle con todos los detalles que serían necesarios este tan memorable hecho; pero puede, si de ello gusta enterarse, leer la historia auténtica y minuciosa que de él se ha publicado recientemente y cuya lectura excluye la posibilidad de la menor duda (1).

Me contentaré con decir que la infeliz poseída, reducida á cada instante á un estado de sufrimientos que hacía temer por su vida, á transformaciones monstruosas, á fenómenos sobrenaturales y diabólicos, que desafiaban al arte y á la ciencia, hallábase inmediatamente curada con sólo que tocase á ella la Sagrada Eucaristía. Volvíase súbitamente ciega, sorda, muda ó paralítica: tocaba sus ojos el Santísimo Sacramento, y recobraba inmediatamente la vista; tocaba sus orejas, y oía; tocaba su lengua, y podía hablar; tocaba su cuerpo, y recobraba al instante su forma natural y el uso de sus miembros todos. La Comunión era su único remedio, y hubo día en que, por excepción, tuvo que serle administrada hasta veinte veces.

(1) *Histoire de Nicole de Vervins,* d' aprés les historiens contemporains et témoins oculaires, ou *le triomphe du Saint Sacrement sur le démon,* à Laon en 1566; par l' abé J. Roger, directeur au Petit-Seminaire de Notre Dame de Lieres.— Paris, chez H. Plon.

«El cuerpo de la paciente, dice uno de los últimos expedientes instruídos, oponía una resistencia tal, que en lugar de los diez hombres que habitualmente la sostenían eran menester aquel día más de quince para colocarla sobre el tablado, y aún así casi no podían conseguirlo... Entonces, pues, el reverendo señor Obispo en ayunas, confesado, y de esta suerte asistido, á eso de las tres de la tarde comenzó, continuó y terminó esta vigésimaprimera y última conjuración solemne, durante la cual la demoníaca horriblemente hinchada, sacando la lengua fuera de la boca, hasta llegarle á la barba, hablaba, sin embargo, nombrando y apostrofando á todas las personas de justicia y á otras varias allí presentes.

«El diablo, conjurado á que salga, responde al Obispo que no saldrá todavía. El señor Obispo, que sostenía en la mano la Eucaristía, le dijo:

«—No te volveré á preguntar cuándo saldrás, sino que te haré salir ahora mismo por medio del poder de Dios vivo y del precioso Cuerpo de Jesucristo, su querido Hijo, aquí presente.

«—Sí, lo confieso, contesta el demonio: *aquí está verdaderamente el Hijo de Dios: es mi Señor*. Mucho me pesa el confesarlo; pero me veo obligado á ello.

«Y con gran sorpresa de la inmensa multitud, repite con rabioso acento:

«—Sí, verdaderamente; saldré ahora mismo *en virtud de este Cuerpo de Dios*. Tengo que salir. Pésame tener que hacerlo tan pronto y haber de con-

fesar *esta verdad, que no viene de mí, sino de mi Señor que me ha enviado, y que me gobierna y me obliga á decirlo.*»

Y reptitó muchas veces esto mismo.

Después el Obispo tomando la Eucaristía sobre la platina del cáliz de oro y teniéndola elevada dijo:

«—¡Oh maligno espíritu Belcebú, mortal enemigo de Dios, hé ahí el precioso Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, tu Señor y Dueño. Yo te mando, en nombre de la virtud del Cuerpo de Nuestro Salvador y Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, aquí presente, y que á tu vista tienes, que salgas ahora mismo del cuerpo de esta pobre criatura de Dios, y que te vayas á lo profundo de los infiernos para ser allí atormentado. ¡Sal, espíritu maligno, sal! He aquí tu Señor, ¡sal!

« La energúmena se agitaba de una manera atroz. Sus huesos crujían más que ninguna de las otras veces, con gran pena y sudor de doce ó quince personas que, para dominarla, vacilaban por acá y por acullá, tanto era lo que ella apartaba la vista en presencia de la Santa Hostia que el reverendísimo señor Obispo le ponía siempre delante de los ojos, á cualquiera parte que ella los volviera. Tenía además la boca desmesuradamente abierta, la lengua colgante, el rostro enormemente hinchado, pasando sucesivamente por todos los colores, amarillo, verde, gris, azul y otros. De tal manera que no tenía aspecto alguno de criatura humana, sino únicamente el del gran diablo, que así al vivo se representaba en ella.

«Por otra parte, el pueblo maravillado y horrorizado con verla y oírla así horriblemente crujir, porque la voz salía de su boca como el mugir de un toro, el pueblo, cuya mayoría derramaba gruesas lágrimas, gritaba:

«—¡Jesús, misericordia!

«Entre tanto el Obispo hostigaba vivamente al demonio, que cedió por unos momentos. Nicolasa cayó desvanecida en los brazos de los que la guardaban. En aquel estado había conservado su horrible deformidad. Hízose ver á la justicia y al pueblo, y todos se sintieron poseídos de terror. Era como una bola, como un erizo encogido en su piel.

«Acercóse á ella el reverendísimo señor Obispo, y según acostumbraba, se arrodilló para presentar la Eucaristía á la paciente, la cual ni sostenerse podía puesto que estaba como muerta. Mas, de pronto el diablo vuelve á ponerse furioso, y valiéndose de la mano de ella, esfuérzase en coger el brazo con el cual sostenía el Obispo la Santa Hostia, y coger también la misma Hostia Sagrada, y después se remonta por el aire, casi fuera del alcance de las guardias y de la demás gente. El Obispo se hace atrás totalmente asustado y se levanta pálido como un cadáver. ¿A quién no le hubiera causado sumo miedo una cosa tal? Pero inmediatamente recobra sus sentidos y se pone á perseguir por todas partes al demonio, que derriba á sus guardas para escapar de aquella espada que le persigue. El pueblo, testigo de aquel espectáculo, prorrumpe

en gritos y suspiros, cae de rodillas y ora con lágrimas y gemidos.

«Entonces Satanás se escapa por segunda vez, produciendo gran ruído y exhalación como un trueno. Pero vuelve á entrar inmediatamente, é irguiéndose furioso, fija una aterradora mirada en las gentes del príncipe de Condé y en los demás hugonotes que allí estaban de pie y con la cabeza cubierta, como si les reprochase tanta audacia y tanta incredulidad.

«—¡De rodillas y la cabeza descubierta! grita el pueblo. ¡De rodillas delante del precioso Cuerpo de nuestro Salvador y Señor Jesucristo!

«Y se promovió un gran tumulto.

«Entre tanto el Obispo, sin abandonar su puesto, y sosteniendo siempre firmemente el *Corpus Domini*, decía al pueblo:

«—No os mováis, amigos míos: ved ahí el precioso y verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo presente que nos ayudará. Cese ya el tumulto: poneos de rodillas y orad. En nombre de Dios os lo pido, no os hagáis daño los unos á los otros.

«Inmediatamente después de estas palabras, púsose de rodillas el pueblo y rogó á Dios por la infeliz mujer. Después el Obispo, armado siempre con la Santa y Sagrada Hostia, siguió persiguiendo á su enemigo; de tal manera que el diablo, vencido por el poder y por el mandato de nuestro Redentor, se alejó con humo, relámpagos y truenos, como fielmente lo han atestiguado muchos que es-

taban fuera de la iglesia y otros que de los campos se encaminaban á la ciudad.

«De esta suerte dejó por tercera y última vez el cuerpo de dicha desventurada Nicolasa, á eso de las tres de la tarde del día 8 de Febrero, en día de viernes, aproximadamente á la hora en que Nuestro Señor Jesús triunfó del infierno por medio de su gloriosa y para nosotros muy provechosa muerte.

«Inmediatamente Nicolasa poniéndose de rodillas, hizo para probar su salvación la señal de la cruz, y después se la oyó dar devotamente las gracias á Dios y al Obispo, diciendo:

«—Señor, os doy humildemente gracias por el gran bien que por vuestra mediación me hace Dios, y por el trabajo que habéis tenido la bondad de tomaros por mí. Estad seguro de que jamás lo olvidaré, y de que pediré siempre por vos al Señor.

«Y el Obispo la dió á besar la cruz.

«Entonces ella dirigió hacia el pueblo que lloraba de alegría, que proclamaba el milagro y que cantaba victoria, sus ojos bellos, claros y modestos, encendida la faz, y entreabiertos sus labios por la sonrisa del reconocimiento y de la piedad... Los católicos derramaban abundante llanto de alegría, y prorrumpían también en devotas acciones de gracias á Dios por un tan sublime, por un tan evidente milagro, hecho por virtud de su precioso Cuerpo y de su poder infinito.

«Por último, el Obispo dió á Nicolasa la Comunión con la Hostia misma que acababa de arrojar el diablo, y que ella recibió con la mayor humildad.»

Esta posesión extraordinaria y providencial había comenzado el 3 de Noviembre del año 1565, y terminó como acabamos de verlo, el 8 de Febrero del año siguiente. Nicolasa tenía dieciséis años; estaba casada, y era de una conducta sumamente piadosa y honrada. El Rey Carlos IX quiso verla é interrogarla, y otro tanto hicieron otros muchos grandes personajes, entre ellos el príncipe de Condé jefe del partido hugonote. La fama de ese terrible milagro, que se prolongara tres meses, recorrió toda la Francia.

Imposible sería pintar el furor y la consternación de los protestantes, que no podían negar hechos tan públicos y tan notorios. Repetidas veces trataron de apoderarse de Nicolasa; uno de los suyos, el médico Carlier, llegó hasta el punto de envenenarla, aprovechándose de una ocasión en que la energúmena se hallaba sumida en un letargo sobrenatural, encorvada como un aro, tocando con la cabeza á los pies, y con la boca desmesuradamente abierta. Pero desde el momento en que la Sagrada Eucaristía hubo tocado á sus labios volvió ella inmediatamente en sí, exclamando:

—¡Jesús! ¡María! ¿Qué se me ha dado? ¡Me quemo!

Y en tres veces arrojó el veneno, sin que arrojara á pesar de sus esfuerzos la Sagrada Hostia; lo cual visto por dos señores hugonotes, que presenciaron aquella escena toda, les hizo exclamar:

—Lo creo porque lo he visto. Ya no quiero ser más hugonote.

Y entrambos se convirtieron.

Otro tanto hicieron muchos otros protestantes, figurando entre ellos un alemán, llamado Esteban de Vosque, á quien se había hecho colocar en un sitio inmediato á la pobre Nicolasa, en el tablado mismo á fin de que pudiera ver y probar mejor los hechos. Durante el Oficio, *á la elevación*, que el Obispo prolongaba adrede, levantóse de pronto la poseída, pegó un bote hasta la altura de seis pies, arrastrando consigo á todos los que la guardaban, y volvió á caer sin movimiento. Esteban de Vosque cayó de rodillas y exclamó, bañados los ojos en copioso llanto:

—Ahora creo que es verdaderamente el diablo el que está posesionado de esta infeliz criatura, y que el verdadero Cuerpo de Jesucristo es quien le arroja. Lo creo, y aseguro que para siempre dejo de ser hugonote.

Gran número de ministros herejes acudieron allá para describir, como ellos decían, las supercherías papistas; vanagloriábanse anticipadamente de que si allí había verdadera posesión, serían ellos más hábiles y poderosos que el Obispo y todo su clero juntos. Dejemos que hable un testigo ocular. «De muchos lugares y en diversas veces, pues, viniéronse á Vervins, para conjurar á Belcebú, los ministros de los herejes, vulgarmente llamados hugonotes, que se titulan reformados porque se han separado de la obediencia de nuestra Santa Iglesia católica, apostólica y romana, fuera de la cual no hay salvación, siendo su principal objeto el de ne-

gar á Nuestro Redentor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar.

«No bien hubieron llegado cuando Belcebú comenzó á nombrarles con sus nombres propios y apellidos.

«—Tú eres el ministro Tournevelles; tú eres Conflans de Ribemont. Sé quiénes sois y de dónde venís. Yo soy quien os hace venir.

«Entonces uno de ellos, el ministro de Ramly, aproximóse á la paciente y cogió un pequeño libro, que no era otro que el de los salmos de Marot. Apenas lo hubo abierto cuando el maligno espíritu, riéndose á carcajadas y con una especie de mugido, le dijo:

«—Vamos á ver, amiguito, qué es lo que piensas hacer. ¿Te figuras tal vez que van á atormentarme tus divertidas plegarias y canciones? Nada de esto, hombre, nada de esto: como que hasta me da gozo el oírlas, puesto que yo he ayudado á componerlas.

«—Te haré salir en nombre de Dios, respondió el expresado ministro.

«—Mejor harías, repuso Belcebú, en probarlo en nombre del diablo. Ven acá; ¿cuándo has oído decir que un diablo haga salir á otro?

«—Es que yo no soy un diablo; yo soy un servidor de Jesucristo.

«—¡Sí, servidor de Jesucristo! Tú lo que eres peor que yo, porque yo creo lo que tú no quieres creer. Por eso os quiero tanto á ti y á todos mis buenos hugonotes que cumplen tan perfectamente mis mandatos. ¿Te figuras librar á esta maldita bri-

bona de mí, que estoy únicamente posesionado de su cuerpo? Pues pierdes tu trabajo: más te valiera que te librases de los que están posesionados de tu cerebro y de tu espíritu. Idos, idos, que por vosotros nada haré, ni lograréis que abandone mi dominio, porque al fin yo soy vuestro señor, y vosotros sois también de los míos.

«En una palabra, se burló de ellos.»

No dudo que el lector me dispensará por la extensión que á estas citas doy. Parécenme tan interesantes como decisivas, y prueban admirablemente la muy santa y muy real presencia de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento, porque, según confesión del demonio mismo, éste fué el objeto y el motivo de aquella milagrosa posesión. Viendo las innumerables conversiones que ella producía, preguntó cierto día el Obispo de Laón al demonio, echándole al mismo tiempo en cara su torpeza:

—¿Qué has ganado en este país? Mucha gente se ha convertido en presencia de este milagro del Santísimo Sacramento. Ahora es indispensable que salgas de ahí; se te conoce demasiado; todo el mundo te aborrece.

—Ya lo sé, dijo Satán, ya sé que ha convertido mucha gente; pero todavía quedan muchos obstinados. Y después que es preciso que haga yo mi oficio, tal como se me tiene mandado.

—Dinos, pues, entonces, ¿por qué has entrado en el cuerpo de esta joven mujer católica, recta, sencilla y que jamás ha abusado de su cuerpo?

—He entrado en él por mandato de Dios, y por causa de los pecados del pueblo; para demostrar á nuestros hugonotes que hay diablos que, cuando Dios lo permite, pueden posesionarse de los cuerpos, cosa que ellos no quieren creer. He entrado en él *para convertirles ó para endurecerles; para hacer que todos los hombres, ó se empeñen más en su idea, ó la cambien completamente.* Es menester que yo haga mi negocio y mi oficio. Estoy seguro de que los haré empeñarse más en su idea.

Instruída de todo la Santa Sede, dió tal importancia al milagro del Cuerpo de Dios, como se le llamaba, que los Soberanos Pontífices San Pío V y Gregorio XIII atrajeron sobre él la atención del mundo entero, bendiciendo á Dios por haber opuesto este dique á las furiosas oleadas de la herejía. San Pío V decía entre otras cosas en su breve del 8 de Octubre de 1531: «Conviene esforzarse en hacer llegar á noticia de todos los pueblos este admirable milagro de la Sagrada Eucaristía.»

El viril de Faverney, en el Franco-Condado.

Cuarenta años después, en 1608, otro gran milagro, revestido como los precedentes de un carácter de publicidad y, por consiguiente, de autenticidad incontestables, puso de manifiesto la divinidad del Sacramento del altar en todo el Este de la Francia.

Érase el 26 de Mayo; en la iglesia de Nuestra Señora de Faverney, en el Franco-Condado, había grande afluencia de fieles, con motivo de una in-

dulgencia plenaria concedida para la festividad de Pentecostés. Para la solemnidad se había erigido á la entrada del coro un altar de madera, ricamente adornado con cirios, flores y colgaduras, y allí se había expuesto en un rico viril el Santísimo Sacramento. Un cirio colocado demasiado cerca de la cortina la pegó fuego, y en un instante fué devorado por las llamas el altar con todos sus ornamentos. Mas en breve los gritos del consternado pueblo se trocaron en transportes de admiración y en exclamaciones de alegría cuando se vió el viril que contenía la Sagrada Hostia, no solamente respetado por el fuego, sino además *suspendido en el aire sin apoyo alguno,* en el sitio mismo donde había sido expuesto.

De todas partes afluía la multitud ansiosa de contemplar aquel gran prodigio, que duró treinta y tres horas consecutivas.

Más de diez mil personas fueron testigos oculares del milagro. Todas las parroquias del contorno acudieron allá en procesión. El martes de Pentecostés, por la mañana, habiéndose celebrado una Misa solemne en el altar mayor, el viril por su propia virtud fué, después de la elevación, á colocarse sobre el altar, á la vista de los asistentes enteramente conmovidos.

Todo esto acaeció en presencia de una inmensa multitud de espectadores, de entre los cuales se escogieron más de cincuenta testigos irrecusables. El arzobispo de Besanzón, Mons. Fernando de Rye, después de practicadas las más minuciosas infor-

maciones jurídicas, mandó imprimir y publicar la relación oficial del milagro de Faverney.

Poco tiempo después pasó á Faverney San Francisco de Sales, y oró con gran devoción en aquella iglesia donde el Hijo de Dios, nuestro Salvador, acababa de hacer resaltar de una manera tan admirable la realidad de su presencia en el Santísimo Sacramento. Tuvo la dicha de venerar la milagrosa Hostia, que ha sido religiosamente conservada, como se acostumbra después de este género de divinas manifestaciones. En nuestros días se la ve aún en la iglesia de Faverney, donde es venerada con un culto que fácilmente se puede concebir.

Nuestro Santo Padre el Papa Pío IX reconoció hace algunos años solemne y canónicamente la autenticidad del milagro de Faverney, y el 16 de Mayo de 1864 Su Eminencia el cardenal Mathieu, arzobispo de Besanzón, promulgó la sentencia de la Santa Sede en la misma iglesia donde había tenido lugar el prodigio.

Vean el siguiente extracto de la relación que con este motivo publicó el presidente del Consejo de fábrica:

«Faverney, 17 de Mayo de 1864.

«Sabido es que el 16 de Mayo de 1608 tuvo lugar en nuestra antigua iglesia abacial el doble prodigio, que conservó intacta la Sagrada Forma en medio de las llamas, y mantuvo el viril milagrosamente suspendido en el aire durante treinta y tres horas. Este prodigio, jurídicamente probado por

Fernando de Rye, arzobispo de Besanzón, dió origen á una fiesta que desde aquella época se viene celebrando en nuestra diócesis.

«Establecida únicamente por la Autoridad diocesana, esta fiesta no había recibido aún la aprobación de la Santa Sede, no porque hubiera sido negada esta aprobación ó porque el milagro no hubiese sido probado, sino porque no había sido solicitada. De ello dan fe las piezas originales que se hallan todavía en los archivos.

«Se ha presentado la ocasión de pedir esta aprobación, y *nuestro milagro*, como le llaman los habitantes de Faverney, ha salido victorioso de la prueba. Cuando se comparece con un prodigio que ha durado treinta y tres horas, y contado hasta diez mil testigos, se puede, á la verdad, tener alguna confianza; pero cuando se conoce lo riguroso del examen de las Congregaciones romanas, es lícito temblar, y no es prudente despreciar precaución alguna. Así, pues, Su Eminencia, al trasladarse últimamente á Roma, llegó allá con actas auténticas, capaces de hacer frente á los censores más rígidos. Procedimientos verbales, disposiciones de testigos, cartas de los Soberanos, actas de la Autoridad eclesiástica y del Parlamento de Dole, el sentimiento de los pueblos, la tradición constante, la posesión secular, todo se ha sacado á luz y todo ha sido examinado; y después de un maduro examen, el tribunal de la Congregación de los Ritos ha decidido *por unanimidad* que el milagro de la Sagrada Forma conservada entre las llamas tenía to-

dos los caracteres de verdad y de autenticidad que eran de desear, y que nuestro gran arzobispo Fernando de Rye había seguido fielmente las prescripciones del Concilio de Trento sobre la materia, y había juzgado muy bien.

«Así, pues, el milagro de la Sagrada Forma sale victorioso de la prueba más delicada que haya tenido que sufrir, y el primer homenaje que le tributa la Santa Sede es el de admitir el Oficio de la festividad tal como lo ha presentado Monseñor el Arzobispo. Así es como la prudente previsión de nuestros antepasados ha preparado por medio de una severa crítica, el triunfo de que acabamos de ser testigos.

«Ved ahí la grande nueva que Su Eminencia venía á proclamar ayer en Faverney; de sus labios y desde lo alto de la cátedra de la verdad pudo escucharlo un auditorio inmenso. Durante unos momentos nos creímos transportados el 27 de Mayo de 1808, cuando todas las parroquias del contorno acudían á admirar el prodigio. Todo el país sabía que Su Eminencia debía tomar la palabra y anunciar la decisión de Roma, y todos también se apresuraban á acudir. Las siete parroquias más inmediatas han venido en procesión, cantando himnos y cánticos, á agregarse á la procesión general compuesta de los habitantes de Faverney y de los lejanos peregrinos que á centenares se presentaban. En esta procesión se ha seguido el orden tradicional señalado á las parroquias por el decreto arzobispal de 1682. Monseñor llevaba con el Santísimo Sa-

cramento la gloriosa reliquia de la Sagrada Forma, que es nuestro más rico tesoro. Abría la marcha la música, alternando con los cantos de ochenta y dos sacerdotes revestidos con sus insignias sacerdotales que celebraban al Dios de la Eucaristía, repitiendo el himno del milagro. Nuestra pequeña guarnición estaba sobre las armas, y el Cuerpo municipal, las Autoridades del cantón y gran número de respetables personajes seguían detrás del palio. Una piadosa inspiración había puesto las hachas de la Cofradía del Santísimo Sacramento en manos de cuatro octogenarios, que parecían olvidar el peso de los años ante la nueva gloria de la Sagrada Forma. Estaban allí como un testimonio vivo de la tradición de nuestra villa, que ha conservado su reliquia á despecho de los excesos de la Revolución; estaban allí como los lazos que unen los recuerdos del pasado á las alegrías del presente, á las esperanzas del porvenir.

«A la procesión siguió la solemne Misa pontifical. Por vez primera nos pareció demasiado reducido el santuario de nuestra iglesia, que sin embargo tan vasto es. La multitud, de pie, compacta y silenciosa, contemplaba aquella pompa religiosa, y los más indiferentes sentían invadidos sus corazones por la emoción de la fe, oyendo á los ochenta y dos sacerdotes reunidos cantar el magnífico Oficio compuesto por los Benedictinos, monumento de la piedad antigua, en el cual compite la precisión de términos con la sublimidad de los pensamientos. Muchas veces hemos visto celebrar esta fiesta, ja-

más empero la hemos hallado comprendida y apreciada como ha parecido serlo en este día. Todos parecían dichosos, y en medio del más religioso silencio y de la más religiosa atención ha escuchado la multitud al eminente Cardenal recordar las principales circunstancias del prodigio y proclamar la aprobación que hacía el Soberano Pontífice de los procedimientos relativos al milagro de 1608 y de los festejos de que era objeto. Todos han comprendido que la Pascua de Pentecostés de Faverney, tan popular ya en nuestras comarcas, va á serlo todavía mucho más ahora que se halla sancionada y recomendada por la autoridad más alta que sobre la tierra existe.»

La Hostia milagrosa de Ulmes-Saint-Florent, en la diócesis de Angers.

No menos incontestable fué la manifestación que otorgó Nuestro Señor Jesucristo en el año 1666 á la diócesis de Angers. El día 2 de Junio, sábado de la octava del Corpus, todos los fieles de la parroquia de Ulmes-Saint-Florent se hallaban reunidos en su iglesia para tributar sus homenajes al Santísimo Sacramento. En el instante en que el párroco entonó la estrofa del himno *Pange lingua,* que principia con estas palabras:

Verbum caro panem verum,

palabras que significan que el Verbo hecho carne trueca, por medio de su palabra, la substancia del

pan en la substancia de su carne, apareció en el sitio de la Sagrada Hostia Nuestro Señor Jesucristo en su forma humana, descendiendo los cabellos hasta encima de los hombros, resplandeciente el rostro y teniendo un ademán lleno de majestad: estaba vestido de blanco, y sus sacrosantas manos las tenía cruzadas sobre su pecho.

El párroco fué el primero que advirtió el hecho, é invitó á todos los parroquianos á que fueran á convencerse de él, diciendo:

—Si hay aquí algún incrédulo, que se acerque.

Maravillados vieron el milagro los parroquianos todos, y pudieron contemplar durante un cuarto de hora á su Divino Maestro, que de esta suerte se dignaba favorecerles con una tan extraordinaria gracia.

Después una ligera nube vino á cubrir la imagen del Salvador, ocultándole á la vista de los circunstantes... A su vez fué desapareciendo también la nube lentamente, y ya no se vió más que la Sagrada Hostia como se veía antes.

Llegó en breve este hecho sobrenatural al conocimiento del Sr. Enrique Arnaud, á la sazón obispo de Angers, quien se trasladó inmediatamente al lugar aquel, oyó á los testigos y dió fe de la autenticidad absoluta del milagro, haciéndole además objeto de una pastoral especial, al objeto de hacer sabedoras de él á toda la Francia y á la Iglesia toda.

Todas estas son verdaderamente milagrosas manifestaciones de la presencia real, que sería muy puesto fuera de razón, por no decir imposible, po-

ner en duda. Todas ellas tienen, como lo decía ya más arriba, un carácter de publicidad, un sello de certeza que hace frente á todas las negaciones. No se necesita ser hombre de grandes conocimientos para convencerse de que semejantes hechos son sobrehumanos, inexplicables, y de que la ciencia moderna, á pesar de las pretensiones que tiene de dar explicación de todo, vendría á estrellarse aquí contra la evidencia y contra el buen sentido. Hallaríase reducida á guardar silencio ó á decir, con aquel médico incrédulo, testigo de una curación milagrosa:

—¡Esto es aterrador!

Millares de milagros pudieran también citarse, no menos auténticos que los precedentes, pero que no habiendo tenido por testigos á poblaciones enteras podrían ofrecer algún lado vulnerable á las interpretaciones de los espíritus maliciosos. Estos *pequeños* milagros del Santísimo Sacramento tienen lugar en nuestros días, como lo han tenido en todos los siglos ya pasados.

Para no citar más que dos ó tres, mencionaré por ejemplo, la curación instantánea evidentemente sobrenatural, de aquel joven seminarista de Versalles, quien el lunes 14 de Abril de 1845 recobró súbitamente, comulgando, la salud y la vista.

Llamábase Pedro Renaudt; su ceguedad había sido reconocida como incurable por gran número de hábiles médicos. El superior del pequeño Seminario, donde había tenido lugar el hecho, concluía con estas palabras su relato al Obispo:

«Atestiguaré si es necesario, bajo la fe del jura-

mento, la verdad de todos los hechos contenidos en este relato. Han tenido lugar públicamente en una casa que cuenta más de doscientos cincuenta habitantes. Facilísimo será, si Monseñor lo juzga conveniente, proceder á una información... Desde que de una manera tan milagrosa ha sido curado, Pedro Renaudt ve y se halla tan bueno como si nunca hubiera estado ni enfermo ni ciego. No ha habido convalecencia ni mucha ni poca, y la recuperación de la luz ha sido tan súbita y perfecta como lo ha sido la de la salud.»

Yo mismo he conocido á una niña de once años que fué igualmente curada el 20 de Septiembre de 1860, de una parálisis que llegó hasta mortal. La pobrecita tomando en París una lección de gimnasia, había caído sobre un garfio de hierro que la hizo una lesión en el cráneo y en las membranas del cerebro, detrás de la oreja. Sus padres tuvieron que oir de boca de los médicos esta fatal sentencia.

—Vuestra hija está perdida.

La pequeña Dionisia de la C... pedía incesantemente que se la permitiera hacer su primera Comunión en un santuario que le era predilecto.

—Que se me lleve allá, repetía á cada instante, que se me deje hacer allá mi primera Comunión, y me curaré.

Consintióse en ello, para no contrariarla; pero no sin que el médico declarara que, según todas las probabilidades, moriría la infeliz en el camino. Si no murió, sufrió cuando menos el martirio. Llegó más muerta que viva al santuario, recibió el San-

tísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y allí mismo instantáneamente se levantó, púsose de rodillas, recobró sin transición alguna las fuerzas y la vida; y cuando al regreso se abrió la portezuela del coche, frente á la puerta del castillo, el pobre padre, que no había podido ir á acompañarla, estuvo á punto de caer desvanecido de estupor, de alegría, de felicidad, viendo á su hija bajar de un salto y echarle al cuello los brazos gritándole:

—¡Papá, estoy curada!

El mismo fué quien me proporcionó los detalles de este hecho. Su hija no ha vuelto á quejarse jamás, desde entonces, de la lesión orgánica que debía conducirla al sepulcro.

Por último, este año mismo en que escribo estas breves páginas, la señorita Ana de Clery, hija del procurador general de Argel, sepultada desde hace muchos años en su lecho, víctima de un reuma, se ha encontrado instantáneamente curada á los pies del Santísimo Sacramento, á donde habia sido conducida para la adoración perpetua.

Desde la edad de catorce años la señorita de Clery había sido atacada en lo más excelente de su salud, y su piadosa madre se había visto obligada á retirarla del convento del Sagrado Corazón, de Metz, donde la niña principiaba á recibir su educación. La señora de Clery se había visto también acometida de una grave enfermedad, y su hija, arrastrada por el cariño filial, se había ofrecido á Dios como una especie de pequeña víctima, con el objeto de alcanzar del cielo la curación de su madre.

El Señor había aceptado su ofrecimiento; y hubiera podido muy bien contestar á aquellos que después le rogaban por el restablecimiento de la niña, lo que contestó cuando lo de la enfermedad de Lázaro.

—Esta enfermedad no es enfermedad para morirse, sino para la mayor gloria de Dios, á fin de que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

La pobre niña había llegado á las puertas de la muerte; durante quince días su madre la había creído irrevocablemente perdida. Restablecióse al fin; pero ¡en qué estado quedó! Sus piernas atacadas de una parálisis, no podían ya llevarla; su cabeza para sostenerse tenía necesidad de un incesante apoyo. Hábiles operadores emplearon infructuosamente, así en Metz como en París, el hierro candente aplicado á las espaldas, la estrignina y la electricidad. Aconsejaron las aguas de Aix, en Saboya, y los baños de mar; pero ni éstos ni aquéllas produjeron resultado alguno. El médico de París había declarado que aquello era una parálisis muscular atrófica. El doctor de Metz mandó que se hicieran en las piernas de la enferma fricciones con ortigas, y más tarde con nieve; se la metió en baños sulfurosos, en baños compuestos de orujo y de gelatina. Su estado, en vez de mejorar, se agravaba.

En 1858 á la atrofia se agregó la contracción, y sus piernas comenzaron á encogerse hacia atrás. Continuáronse las fricciones y se emplearon diversos medios para extender las piernas. A pesar de la

energía del tratamiento, formóse en la parte posterior de ambas rodillas, á consecuencia de la retracción ó encogimiento de los músculos, una especie de nudo del grosor de un dedo, nudo que se intentó también inútilmente hacer desaparecer por medio de un tratamiento especial. La señora de Clery, desanimada por la declaración categórica de los médicos de Estrasburgo, se resignó á conservar enferma á su hija durante su vida toda. Ana de Clery, por su parte, conformándose con la voluntad de Dios, aceptaba generosamente el sufrimiento y rezaba novenas á fin de obtener su curación, abandonándose por completo á los planes que sobre ella hubiese formado la Providencia.

En 1865 verificábase la adoración perpetua en los días 12, 13 y 14 de Junio en la iglesia de San Martín, de Metz, junto á la cual se halla situado el palacio que ocupa la señora de Clery. Ana había fabricado todas las rosas blancas que debían servir para adornar la iglesia.

«Otras veces, dice el venerable párroco de San Martín en su relato oficial, había podido aún la pobre enferma, á costa de algunos sufrimientos que ella soportaba gustosamente, hacerse conducir á la iglesia para tener la dicha de adorar á Nuestro Señor una ó dos veces al año, en las épocas solemnes del Corpus ó de las Cuarenta Horas; pero hacía ya mucho tiempo que había llegado á serle esto absolutamente imposible.

«De modo que, si yo no supiese que Dios, para realizar sus fines, dispone las más de las veces las

cosas de una manera contraria á nuestro modo de pensar, me hubiera sido imposible el comprender cómo, atendido el estado en que vi á la enferma algunos días antes de la adoración perpetua, hubiese yo podido inducirla á hacerse conducir á la iglesia durante aquella solemnidad. La cosa le pareció, en efecto, muy difícil de ejecutar.

«—Por de pronto, me será imposible rezar, añadió ella demostrándome más deseos que esperanzas de aceptar mi invitación.

«Habíanse pasado los dos primeros días de la Adoración sin que hubiera sido posible transportar al templo á la enferma: experimentaba unos atroces dolores de cabeza, y era imposible levantarla de su cama, ni tocarla casi... Al tercer día continuaban todavía mucho sus sufrimientos, y costó grandes trabajos el ponerle un sencillo vestido con que cuando menos deseaba engalanarse para prensentarse de una manera conveniente en la casa de Dios. Este mismo sentimiento de respeto le había ya sugerido la idea de proveerse de calzado, objeto de que carecía, en atención á que sus pies habían ya perdido desde mucho tiempo la costumbre de usarlo; pero Dios tenía otros designios, y también ella sin saberlo cooperaba á ellos.

«El miércoles 14 de Junio, por la mañana, Ana había recibido en la cama la Sagrada Comunión. Al medio día, que era la hora indicada por el reglamento parroquial para el turno de adoración de los habitantes de la calle en que se halla situado el palacio de Coetlosquet, llegaba ella á la iglesia,

conducida, á la edad de veintitrés años, como si fuera una niña de algunos meses, en los brazos de Clementina, su camarera, quien habiéndose sentado en el último banco de la parte izquierda del centro del templo, la colocó sobre sus rodillas. La señora de Clery y la señorita Teresa de Coetlosquet que la habían acompañado, se arrodillarón, la una al lado de la enferma, y la otra encima del banco, ocultándola de esta manera, tanto como podían, á las importunas miradas de los transeúntes. La señora y la señorita Paulina de Coetlosquet las habían precedido, y se habían colocado en otro sitio de la iglesia. Todas ellas no pensaban en otra cosa que en adorar y en rezar; ninguna de ellas, ni mucho menos la paralítica, se esperaban los maravillosos acontecimientos que iban á tener lugar.

«Después de haberse repuesto un poco de la fatiga del trayecto, que empezaba á producir el habitual y tan penoso efecto de encendérsele los ojos, Ana permaneció algunos minutos en adoración: después, mirando al Santísimo Sacramento, repetía la plegaria que tan á menudo había hecho en los días en que comulgaba:

«—Señor, si queréis, podéis curarme.

«En aquel mismo instante experimentó en todos sus miembros unos dolores de tal suerte intensos, que le fué preciso hacer un gran esfuerzo para no prorrumpir en fuertes gritos. Oraba para pedir á Dios la gracia de contenerse, y añadía:

«—¡Si vuestra voluntad, Dios mío, es de que se

me vuelva á conducir á mi lecho, dadme por lo menos una constante resignación!

«No puedo decir lo que pasó después entre Dios y ella. Vióse entonces como inundada, totalmente penetrada de fe, y según sus expresiones, sentíase curar. Trató de arrodillarse, y su camarera la retenía diciéndola con la mayor sinceridad:

«—Ved que vais á caeros, señorita.

«Mas ella se deshace de sus brazos y cae de hinojos, dejando oir á las personas que la rodean estas palabras que á todas llenan de estupor:

«—¡Rezad! ¡rezad! ¡me pongo buena!

«La emoción que aquel hecho produjo llegó á su colmo; mezclábanse los sollozos con las plegarias. La señora de Clery turbada, desatinada, sin saber lo que se hacía, hace levantar á su hija y se la lleva afuera de la iglesia. No podía dar crédito á sus ojos al verla apoyar en el suelo sus pies y caminar con el único apoyo de un brazo. Detiénense en el jardín que había sido atravesado pocos momentos antes en circunstancias tan completamente distintas, y entran en el pabellón que en él se encuentra. La pobre madre no quedó suficientemente convencida hasta que llevando la mano á las piernas de su querida hija pudo convencerse de que los gruesos nudos que la hacían doblegarse hacia atrás no existían ya.

«Entre tanto Ana pedía con insistencia que se la permitiese volver al templo, y habiendo entrado en él se estuvo postrada de rodillas ante el Santísimo Sacramento durante tres cuartos de hora, sin

experimentar fatiga alguna, y prorrumpiendo sucesivamente en actos de fe, de reconocimiento y de amor.

«Informado de lo que acababa de pasar, me trasladé al pabellón del jardín, donde apenas me fijé en las personas que allí se encontraban agrupadas al rededor de Ana. No vi á nadie más que á ella, y la examiné en silencio y enteramente sorprendido, mientras que ella, glorificando á Dios, me hacía observar que podía ya extender sus piernas, que podía andar, arrodillarse y hasta sostener alta la cabeza sin necesidad de apoyo.

«Ana estaba curada.

«Dios había completado su obra; y la obra de Dios, completada en un instante, era perfecta. Todas las enfermedades á que estaba sujeta la pobre niña, desaparecieron al mismo tiempo que desapareció la parálisis; hasta la debilidad misma, esa debilidad que sucede siempre á las enfermedades largas, no dejó sentir sus efectos. Cada día fueron multiplicándose sus pruebas.

«Aproximábase la hora de Vísperas, y Ana manifestó deseos de asistir á ellas. Yo, no consultando más que la prudencia humana, porque ignoraba todavía hasta qué punto le había concedido Dios con la salud las fuerzas físicas, la exhorté á que tomase algún descanso, ó cuando menos, que si quería absolutamente volver aún aquel día á la iglesia, se estuviera en el pabellón hasta que estuviésemos próximamente en el momento de la bendición. Ana se sometió; pero en cuanto hubo empezado el him-

no, y resonaron en sus oídos las palabras *Pange lingua...*, no pudo ya contenerse más, y corrió á mezclarse inmediatamente con la multitud que llenaba el sagrado recinto.

«Al día siguiente, que era el día mismo de la festividad del Corpus, la feliz joven asistió á una Misa de acción de gracias y comulgó en ella, arrodillada en medio de otros fieles al pie de la Santa Mesa, felicidad de que no había podido disfrutar desde hacía ya nueve años. Un poco más tarde se la veía en la Misa mayor que se celebraba cada jueves en la parroquia en honor del Santísimo Sacramento, y por la tarde se la volvía á encontrar en la iglesia manifestando en una larga visita su gratitud á Nuestro Señor Jesucristo.

Tres días después, es decir, el domingo, al cual en Francia está trasladada la solemnidad del Corpus, con su octava, Ana pasó cerca de siete horas delante del Santísimo Sacramento, ya asistiendo á todos los Oficios de la mañana y de la tarde, ó bien yendo á adorar. A las observaciones que se le hacían respecto á un fervor que parecía indiscreto, contestaba ella que, lejos de temer de él el más ligero inconveniente, observaba por el contrario que cada vez que se encontraba á los pies del Señor, se aumentaban en ella las fuerzas y la vida.

«En las parroquias de Metz la procesión del Santísimo Sacramento se verifica por la mañana del domingo que termina la octava de aquella solemnidad. Ana deseaba ardientemente tomar parte en la de San Martín: quería que sus primeros pasos en la

calle fueron consagrados á acompañar el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo; y dominada por este piadoso intento, se abstuvo de frecuentar hasta aquel día otra casa más que la casa de Dios.

«Su deseo se realizó. Se vió á la paralítica, que durante tanto tiempo no había dejado su lecho y que pocos días antes había sido conducida en brazos á la iglesia, se la vió á los once días después de su curación ir vestida de blanco en pos del estandarte de la Santísima Virgen, y al regreso de la procesión, que había empleado en seguir su carrera cerca de cinco cuartos de hora, se la vió asistir á la Misa solemne, menos cansada tal vez, pero en cambio más alegre que las jóvenes más fervorosas y más fuertes que con ella fueran.

«Desde el memorable día 14 de Junio hasta el en que terminó este escrito han transcurrido dos y medio meses. Durante este tiempo, largo ya, aquella á quien se había dado ya el dictado de Hija de la Cruz, y que ahora es por todos llamada la Hija del milagro, no ha vuelto á experimentar ni uno solo de sus anteriores padecimientos; ha podido tomar y digerir indistintamente toda clase de alimentos, ha podido hacer caminatas á pie ó en carruaje y viajar en ferrocarril; ni una sola vez han reaparecido los síntomas y accidentes morbosos; su cabeza, que lleva naturalmente, nunca más ha tenido necesidad de que se la sostuviera ni un solo instante, y sus piernas, que se habían quedado tales como eran á la edad de trece años, no han tardado en tomar un crecimiento sensible. Desde los

primeros días se encontró con vigor suficiente para ser ella misma su camarera, y decía sonriéndose:

«—Dios, si no me ha dicho, como al paralítico del Evangelio, que coja mi cama y que me vaya, cuando menos me ha dicho, como á él, que ande, y me ha dado fuerzas suficientes para que á lo menos pueda hacerme la cama.

«La fama de la milagrosa curación de la señorita de Clery se ha extendido á la sazón hasta muy lejos, y en todas partes donde se ha tenido noticia de ella, ha excitado una muy grande admiración. En Metz, sobre todo, este acontecimiento ha producido una profunda impresión que, en los primeros días, tenía un carácter especialmente conmovedor. Todo el mundo hablaba del milagro, y la mayor parte de las personas que de él hablaban se conmovían y se enternecían; las que en gran número fueron á visitar á la antigua paralítica, á quien habían conocido en sus días de dolores, no podían contener sus lágrimas al ver el cambio verificado en ella, y se marchaban alabando á Dios. El médico que durante largo tiempo la había estado cuidando fué de los primeros que se presentaron; también la ciencia en su persona acudía á glorificar á Dios. Efectivamente, el doctor, tendiendo su mano á la señorita de Clery, que daba algunos pasos para salirle al encuentro, pronunció estas palabras, que á mí mismo me repitió después:

«—¡Dios ha sido más fuerte que los hombres!»

¡Alabado y adorado sea para siempre el Santísimo Sacramento del altar!

Creo que si se quisiera ir en busca de las manifestaciones sobrenaturales y *evidentemente* milagrosas de la presencia real, en todos los países católicos del mundo, no habría tal vez un año ni un país en que no se pudiera dar fe de muchos (1). Nues-

(1) Entre las varias y públicas manifestaciones milagrosas de la presencia real de Jesucristo en el augusto Sacramento del altar, es digna de mención la que muchas generaciones han reverenciado en San Juan de las Abadesas (Cataluña) con el nombre de *El Santísimo Misterio*. Consiste en una Hostia consagrada, colocada á mediados del siglo XIII en un hueco ó cavidad que tiene un Crucifijo en la frente, cuya Hostia se conserva incorrupta después de seis siglos.

Esta religiosa ceremonia tuvo efecto en 16 de Julio del año 1251, después de la consagración de varios altares. La creencia en la real presencia de Cristo en la Eucaristía, y otros dogmas católicos, ridiculizados y negados por los herejes albigenses, fueron aquel día profesados públicamente por el clero y pueblo de San Juan de un modo el más solemne, creyendo sin duda que aquella profesión aplacaría la justa ira de Dios provocada por aquellos impíos. Estos además publicaban falsos milagros para desacreditar los verdaderos, y Dios quería que el clero y pueblo de San Juan fuesen ciegos instrumentos del gran prodigio que iba á obrar en aquella Hostia, con el cual en los siglos posteriores quería llenar de admiración al pueblo fiel.

La multitud de exvotos, muletas, vendajes, etc., que han cubierto siempre las paredes de la capilla, muestra los muchos beneficios con que el Señor ha premiado la fe de los innumerables fieles que de las vecinas y lejanas tierras venían á adorar al Santísimo Misterio é implorar su auxilio en sus necesidades y dolencias.

Entre los muchos prodigios obrados por el Santísimo Misterio citaremos dos. Un hijo de D. Jaime Descatllar,

tros modernos racionalistas se encogerían probablemente de hombros con un gesto de desprecio si nos oyesen hablar de esta suerte, pero sus soberanos desdenes y sus propósitos de no ver, de no oir, de no admitir cosa alguna, en nada absolutamente

---

quien de resultas de una horrorosa caída en un despeñadero, roto su cráneo y destrozados sus miembros, era creído ya muerto, y sin esperanza alguna, según el fallo de los facultativos, cobró el movimiento y la salud tan luego como su padre imploró el auxilio del Santísimo Misterio.

En el año 1854, cuando toda España gemía bajo el azote del cólera morbo, y la villa de San Juan contaba ya algunas víctimas, en medio del terror y desolación de las familias, solicitó el Ayuntamiento la exposición del Santísimo Misterio, para cuya ceremonia se señaló el día 27 de Septiembre. Entonces se vió la fe de todo el vecindario. «¡Oh! si mi vida se prolonga hasta el día 27, yo quedaré libre,» decían los infelices atacados en medio de las convulsiones y del estertor de la agonía. Llegó por fin este día tan suspirado, y á las nueve de la mañana la Sagrada Hostia fué expuesta á la vista y entre las lágrimas de un pueblo fiel, cuando la enfermedad, que desde la noche anterior parecía haber entrado en el período de su recrudescencia, y muchas víctimas estaban luchando con la muerte, cesó en el mismo instante de la exposición; todos los atacados quedaron libres, y no hubo que lamentar un caso más. Milagro patente que la población en masa y muchos forasteros que se hallaban en ella justificaron á voz en grito en medio de un santo entusiasmo.

Sobre el Santísimo Misterio de San Juan de las Abadesas publicó hace algunos años una curiosa reseña histórica el presbítero D. Pablo Parassols y Pi.

(Nota del Editor).

afectan á la realidad de las cosas. Esta realidad les condena, mientras que nos consuela á nosotros, honrados cristianos, amigos de la luz y de la verdad. No es para ellos para quienes hace Dios sus milagros; es contra ellos y para nosotros.

También es cierto que no tenemos verdadera *necesidad* de ellos, como no se tiene *necesidad* alguna de consuelos sensibles en la piedad, ni de lo superfluo en la comodidad. Los milagros en general, y en particular los de la Eucaristía, son gracias extraordinarias otorgadas casi siempre con el objeto de consolar á ciertas almas sumamente piadosas, ó bien por motivos ó fines de misericordia ó de justicia que nosotros ignoramos; pero, lo repito, no son necesarios los milagros para que creamos. No es en ellos en donde descansa nuestra fe: es ante todo en la enseñanza infalible de la Santa Iglesia católica, por medio de la cual Dios y Jesucristo enseñan al mundo lo que es verdadero y lo que se debe creer. Para los hijos de la Iglesia, los milagros son lo superfluo, son el lujo de la fe.

Esto era lo que pensaba el gran rey de Francia, San Luís. Fueron un día á decirle que en la Santa Capilla, que estaba junto á su palacio, se verificaba un grande y bellísimo milagro después de la consagración de la Misa que en aquel recinto celebraba un santo sacerdote. En lugar de la Hostia consagrada veíase el Divino Niño Jesús, radiante de belleza... Dijéronle que aquel acto sobrenatural hacía ya casi un cuarto de hora que duraba, y le instaban para que se diera prisa en ir allá para que fuera testigo él mismo de aquel prodigio.

—Creo tan perfectamente, respondió el santo Rey, que mi Salvador Jesucristo se halla en realidad presente en la Eucaristía, que no tengo necesidad de ir á ver ese milagro para convencerme de ello. Créole más firmemente presente en ella que si en ella le viese; y prefiero no verle, á fin de conservar todo el mérito de mi fe.

La misma frase salió del católico corazón de Simón de Montfort, el heroico defensor de la fe y de la Iglesia contra los revolucionarios del siglo décimotercero. Habían ido á anunciarle, como á San Luís, una milagrosa aparición del Divino Maestro sobre el altar durante la Misa.

—Id á verle vosotros los que dudáis, contestó tranquilamente el Conde; en cuanto á mí, no tengo necesidad de esto para creer en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Concluyamos, pues, y bendigamos á Dios que hace que nuestra fe en la presencia real se apoye en la evidencia misma de la razón ilustrada por la gracia, ó por mejor decirlo, en la evidencia de una fe esencialmente razonada, razonable y lógica. Las objeciones de los racionalistas no tienen más valor que el que tienen las de los protestantes: únicamente la ignorancia les da alguna apariencia de solidez.

Todo hombre instruído, recto y formal, dirá como Enrique IV, cuya conversión á la Iglesia fué mucho más sincera de lo que han querido hacerla creer muchos historiadores semiprotestantes. Te-

nía la fe más viva en el Santísimo Sacramento. Pasando cierto día junto al Louvre, encontróse con un sacerdote que traía el santo Viático; púsose inmediatamente de rodillas en mitad de la calle, y lo adoró con el mayor respeto... Iba acompañado por algunos gentiles-hombres, entre ellos el duque de Sully, obstinado hugonote como todos saben.

—Señor, le dijo este último; ¿es posible que vos creáis en eso?

—¡Vive Dios! contestó Enrique IV; sí, en eso creo: y es preciso ser un hombre como vos para no creer en eso; y gustoso quisiera que me cortasen un dedo de la mano, si esto me hiciera lograr que vos lo creyeseis como yo lo creo.

XVI.

De la sanción solemne dada por el Santo Concilio de Trento al dogma de la presencia real.

Habiéndose atrevido Lutero y Calvino, después de quince siglos de fe, á negar ó adulterar el misterio de la presencia real, levantóse indignada la Santa Iglesia, y por boca del Concilio de Trento anatematizó sus errores. Y téngase bien entendido que estos errores son en el fondo los mismos que los de todos los espíritus fuertes que en lo sucesivo han venido baladroneando contra el Santísimo Sacramento del altar.

Ved ahí algunos de los *cánones*, es decir, de las

reglas de fe que el Concilio formuló con este motivo, y que acompañó con la terrible sentencia del anatema. Ser anatematizado es ser excluído de la Iglesia, excluído del reino de Dios en este mundo y en el otro.

«Si alguno dijere que el sacramento de la Santísima Eucaristía no tiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre, así como también el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente á Jesucristo todo entero; y que Jesucristo no esta en él mas que en símbolo ó figura, ¡sea anatema!

«Si alguno dijere que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía la substancia del pan y del vino permanece con el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y si se atreviese á negar este admirable cambio de toda la substancia del pan y del vino en la substancia del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor, cambio incomparable, después del cual no quedan más que las apariencias del pan y del vino... ¡sea anatema!

«Si alguno dijere que en el venerable sacramento de la Eucaristía Jesucristo no se halla contenido todo entero bajo cada una de las dos especies y bajo cada parte de cada una de las especies... ¡sea anatema!

«Si alguno dijere que en el santísimo sacramento de la Eucaristía Jesucristo, Hijo único de Dios, no debe ser adorado, hasta extraordinariamente... que no se le debe llevar solemnemente en proce-

sión, conforme al uso legítimo y universal de la Santa Iglesia, y que no se le debe exponer públicamente á la adoración de los pueblos... ¡sea anatema!»

Tales son las sentencias terribles é irrevocables, pronunciadas contra todos aquellos que osan negar la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar. Es la palabra infalible de la Iglesia; es el dictamen de los Sucesores de los Apóstoles, á quienes por el mismo Dios ha sido dicho: *Todo lo que atareis en la tierra, atado también será en los cielos.*

XVII.

Otra sanción, todavía más terrible, de la verdad de la presencia real.

Dios ha hecho milagros para consolar y reavivar la fe de sus fieles con respeto al Santísimo Sacramento; ha querido igualmente castigar de una manera, si no milagrosa, á lo menos completamente extraordinaria y sobrenatural, á algunos de los enemigos de su Sacramento. ¿Por qué ha escogido á aquellos con preferencia á otros? En el día del juício lo sabremos: lo que actualmente sabemos es que esos terribles ejemplos de la justicia divina deben aprovecharnos á todos, imprimiendo en nuestros corazones un temor saludable é inspirándonos un grande horror á las blasfemias y á los sacrilegios.

Esos castigos sobrenaturales son más frecuentes, más numerosos de lo que generalmente se cree; pero fácilmente se concibe que la mayor parte de ellos permanecen ocultos: revelarían necesariamente un crimen, y siempre se teme ó el escándalo ó bien el deshonor.

Limitándome á nuestro siglo, creo será útil poner á la vista del lector algunos hechos absolutamente auténticos, dejando á cada cual el cuidado de sacar de ellos las consecuencias que le parezcan oportunas.

En 1803, durante la invasión del Piamonte por los franceses, celebrábase en Turín la solemne procesión que tenía lugar todos los años, en honor y en memoria de la Hostia milagrosa de que más arriba hemos hablado. Un barbero, conocido por su impiedad, después de haberse estado burlando de una persona á quien afeitaba, porque quería asistir á aquella procesión, salió de su tienda para verla desfilar. Hizo la fanfarronada de estarse con el sombrero puesto, y se negó rotundamente á quitárselo, á pesar de las reiteradas órdenes que se le dieron. De esta suerte desafió de la manera más insolente á la procesión y al Santísimo Sacramento. Pero en el momento en que el Santísimo Sacramento pasó por delante de él, el miserable cayó instantáneamente muerto en el sitio mismo donde se encontraba, en presencia de los asustados fieles, que no pudieron dejar de ver en aquella fulminante muerte el justo castigo del cielo.

Este acontecimiento produjo una sensación tal

en la ciudad de Turín, que los magistrados mandaron exponer el cadáver durante treinta y seis horas delante de la Casa consistorial.

En 1832 el párroco de Sevres, cerca de París, cediendo á las instancias de casi todos sus parroquianos, se dedicó á hacer la procesión solemne del Corpus, interrumpida por la Revolución de Julio. En el momento en que el Santísimo Sacramento salía de la iglesia, un blasfemo que se había apostado en las gradas del pórtico, insultó en alta voz á la Sagrada Eucaristía, gritando encolerizado:

—¡Vedle, pues, vedle su Dios de papel!

Iba á adelantarse, pero el pueblo se le arrojó encima, le rechazó á viva fuerza, y la indignación pública iba á jugarle una mala partida, cuando el vicario tomó su defensa y le facilitó la retirada.

Mientras se alejaba, iba deshaciéndose en amenazas, y dijo entre otras cosas:

—El año que viene ya veremos...

En efecto, el año siguiente, en el día del Corpus, reprodujo su blasfemia á la salida de la procesión y en el mismo sitio. Pero aquella vez no fué el vicario, no fué el pueblo, fué Dios mismo quien intervino en el asunto: el impío cayó muerto al blasfemar, y su cadáver rodó á los pies del párroco que traía el Santísimo Sacramento...

Este hecho lo sé por un amigo mío, á quien el párroco de Sevres se lo había referido con todos sus detalles. Parece que durante tres ó cuatro días todo el país, á pesar de su poca fe, estuvo como atontado de estupor.

En Madrid, en las fiestas de Navidad del año 1837, dos malos sujetos tuvieron la osadía de burlarse en alta voz del Santísimo Sacramento en una iglesia, mientras se estaba cantando la Misa de media noche. Uno de ellos llegó hasta á apostar que él iría á recibir la Comunión con los demás fieles. Fué, en efecto, comulgó y volvió á reunirse á su compañero, con el sonrís del triunfo en los labios. Pero su pretendido triunfo no fué de larga duración: no habían transcurrido aún cinco minutos cuando un terrible vómito de sangre vino á sorprender al sacrílego. Condújosele fuera de la iglesia, y en medio de las oleadas de sangre que continuaban saliendo de su boca, oyéronle repetir estas siniestras palabras:

—¡He comulgado indignamente! ¡Soy un sacrílego!...

No sé de qué manera terminó el lance; pero fué grande la emoción que produjo entre todos los asistentes, que se unieron para pedir perdón al Divino Jesús, y para desagraviarle del ultraje de que acababa de ser objeto en el Sacramento de su amor.

La impiedad y el sacrilegio son desgraciadamente patrimonio de todas las edades. Los castigos sobrenaturales dados á los niños por la profanación de la Eucaristía, sea en el día de su primera Comunión, sea en otras cualesquiera circunstancias no menos solemnes, han sido y son todavía menos raros de lo que muchos se figuran.

Un buen sacerdote, que forma parte del clero de París, me contó el caso siguiente, en el cual había personalmente intervenido y que prueba esta terrible verdad.

Érase en el año 1831, en el barrio del Marais, en París. Un pequeño colegial, digno discípulo de una de esas pensiones, no sólo indiferentes en materia de religión, sino hostiles y hasta impías, se preparaba para hacer con los demás su primera Comunión. Dos ó tres camaradas judíos ó protestantes se burlaban de él, ó por mejor decir, se burlaban con él del Santísimo Sacramento que iba á recibir. Hiciéronle decidirse á que se guardase, para enseñárselo, lo que el sacerdote le daría.

El miserable muchacho cumplió su palabra: arrodillóse como los demás delante de la Santa Mesa, recibió la Divina Comunión, y volvióse á su lugar... Uno de los niños que estaban inmediatos á él observó que sacaba algo de su boca, y que lo metía en un papel. Vínole desde luego á la mente la idea de un sacrilegio; en el primer impulso de su indignación, se levantó y fué á advertir á su maestro, que era aquel mismo sacerdote por quien supe yo el hecho. El culpable, turbado por su crimen y en el temor de haber sido visto, no se atrevió á conservar en su poder la Sagrada Hostia; echóla al suelo, debajo de un banco, y partió con todos los demás en cuanto estuvo terminada la ceremonia. El párroco y el vicario fueron avisados inmediatamente después de la Misa. Encontróse el Santísimo Sacramento envuelto en un papel y pisoteado; y con el dolor en el alma, fué restituido al tabernáculo...

Tres meses más tarde, el Hijo de Dios demostró al pequeño Judas que no se insulta impunemente al misterio de la Eucaristía: el sacrílego niño, al principio de las vacaciones, cayóse de lo alto de un árbol en el jardín de su padre, y una rama que se había desgajado, entrándole por la garganta, atravesó de parte á parte aquella misma lengua que poco tiempo antes había sido instrumento de su horroroso atentado. El infeliz murió aquella misma noche, sin arrepentimiento, sin Sacramentos y en un estado de concentrada rabia.

En la misma época aproximadamente, poco tiempo después de la impía Revolución de 1830, otro colegial de Versalles conoció igualmente del mismo Dios que no es pequeño el crimen que se hace cuando se ataca la Sagrada Eucaristía.

Tenía quince años. En el colegio donde hacía sus estudios se predicaba el retiro de la primera Comunión. La mayor parte de los niños se hallaban conmovidos, tanto por las palabras del predicador, como por la bellísima fiesta que se preparaba. En la víspera del gran día, durante la hora de recreo, el mal muchacho habló en colérico tono con sus condiscípulos del retiro y de la Religión en general, y especialmente de la Comunión.

—Lo que es yo, repetía, no creo en esto, ni jamás creeré que allí esté Dios; aquello no es más que pan..., descuartizado me vea si está Dios allí...

Trataron de hacerle callar sus camaradas, diciéndole:

—Ya que no crees en eso, á lo menos mañana no comulgues: no hay necesidad alguna de cometer un sacrilegio; eso trae desgracia.

Mas el otro, hundiéndose más y más en el mal, les respondió que muy al contrario, quería ir á comulgar.

—Ningún miedo le tengo á ese Señor Dios, decía.

Y en efecto, comulgó como todos los demás, sin ni siquiera haberse confesado.

Al día siguiente hubo, como de costumbre, gran paseo para los colegiales, y fuéronse juntos por la parte de Marly, para ver funcionar el curioso mecanismo de las bombas aspirantes, establecidas durante el reinado de Luís XIV, con el objeto de hacer subir el agua del Sena y alimentar los célebres estanques del parque de Versalles. Los profesores recomendaron á los muchachos que se tuvieran mucho cuidado en no acercarse demasiado al mecanismo.

Allá era donde la justicia de Dios aguardaba al culpable: sin saber cómo, cogiósele una punta de su traje en el engranaje, y todo su cuerpo, irresistiblemente atraído por la temible máquina fué literalmente molido y hecho pedazos á los ojos de sus compañeros...

¡Júzguese de la consternación, del terror que de todos se apoderó, cuando tuvieron noticia del horrible desafío á que Dios acababa de responder!

Véase otro hecho todavía más reciente que me refería no hace mucho tiempo un excelente misio-

nero del convento de los Hermanos Menores de esa misma diócesis de Versalles. Él mismo había sido testigo ocular del caso.

«Predicaba yo una importante Misión, decíame él, en la diócesis, con motivo del Mes de María de 1859, en ***. Ostensiblemente bendecía Dios nuestros esfuerzos: todos los días estaba lleno el templo: numerosas y sumamente sinceras eran las conversiones. El digno Cura de la parroquia había reservado para el último día la primera Comunión de un determinado número de niños.

«Ocho días antes, me señaló á un muchacho de trece años, pícaro redomado, que no sabía el Catecismo, que no se preparaba formalmente, y que parecía de todo punto inadmisible. Los padres de ese muchacho poca cosa valían más que él: ni ponían los pies en la iglesia, ni acudían siquiera á la Misión. Para ellos la primera Comunión era sencillamente una formalidad á que era preciso someterse, para hacer lo que todo el mundo.

«Llegado el día del examen definitivo, interrogué al truhanzuelo: no sabía ni una palabra del Catecismo, todo me lo tergiversaba; de modo que era imposible admitirlo á la Comunión. Se lo dije así, y se volvió á su casa avergonzado y llorando. Su madre, en cuanto supo que no queríamos dejarle hacer su primera Comunión, la emprendió contra mí, contra el Párroco, contra la Religión, contra su hijo y contra todo el mundo.

«—Pues mira, prorrumpió, tanto se me da; tú la harás. Está ya comprado el traje, y tienes que hacerla, y la harás á pesar suyo.

«—Pero si no querrán darme la absolución, objetó el muchacho.

«—¿Y eso á mí qué se me da? respondió la malvada mujer. Irás á recibir la Comunión sin confesarte. Eso no son más que paparruchas. No irás á confesarte; te lo prohibo: te pondré tu bonito traje, é irás como todos los demás á hacer la primera Comunión. Ni siquiera lo notarán, y por lo menos habremos salido del paso.

«Callóse el muchacho; y parte por miedo á su madre, parte por indiferencia, decidió salir del paso de la mejor manera posible.

«No se confesó. Llegado el día, púsose su vestido nuevo, y mientras se estaba celebrando el Oficio se deslizó por entre los demás niños: acercóse á su vez á la Santa Mesa, recibió la Comunión de mis manos sin que yo le reconociese, y se volvió á su sitio... Apenas habían transcurrido algunos instantes, cuando cayó sin conocimiento. Sacáronle del templo, pero en medio de la muchedumbre, puesta de movimiento por el ir y venir de todos los que comulgaban, apenas pudimos apercibirnos de lo que sucedía.

«Terminada la Misa y la ceremonia, que había sido admirable, vínoseme á buscar á toda prisa en la sacristía.

«—Venid corriendo, Padre: uno de los niños de la primera Comunión ha sido atacado de convulsiones y se está muriendo.

«Corro inmediatamente; entro en la casa; el niño se hallaba tendido en el lecho de su madre,

quien se esforzaba en calmar sus sufrimientos. En cuanto me vió, volvióse violentamente de cara á la pared, gritando:

«—¡No, no! ¡yo no quiero! ¡no!

«Acerquéme, sin embargo, á él, y procuré dirigirle algunas frases cariñosas. Ignoraba lo que había pasado. Su madre, avergonzada y llena de desesperación, me lo hizo saber. Yo me quedé helado de espanto. De repente, apodéranse del niño unas vehementes y repetidas convulsiones; incorpórase, y mirando á su madre deja escapar, con voz ronca y entrecortada, estas aterradoras palabras:

«—¡Mamá!... tú me has obligado á hacer una mala primera Comunión... ¡Voy al infierno... y voy por tu causa!

«Y allí, á mi vista, espiró en medio de una postrera convulsión.»

Los infelices que tienen la osadía de ultrajar al Santísimo Sacramento, y de ultrajarle especialmente por medio de sacrilegios, no son, afortunadamente para ellos, castigados tan inmediatamente como merecerían serlo. Jesús, á quien insultan, es paciente, porque es bueno; quiere, no la muerte, sino la conversión de los pecadores, y les deja ordinariamente tiempo bastante para el arrepentimiento. Si castiga á algunos es todavía más para la salud de la mayoría que por la satisfacción harto legítima, por otra parte, de su justicia infinita.

Es paciente porque es eterno: ningún culpable, ningún sacrílego puede escapársele: tarde ó tem-

prano les juzgará y les castigará; y para ellos el fuego eterno del infierno será la sanción inevitable de esos dogmas en los cuales no habrán querido creer, y en particular de este Sacramento adorable, contra el cual se habrán rebelado.

Por otra parte, ya en este mundo hay una porción de castigos secretos que no se explican, cuya causa se ignora, y que, como lo sabrá todo el mundo en el día del juicio, vienen directamente de la maldición divina, impresa en la frente de los sacrílegos. Los infortunios públicos y privados son, más á menudo de lo que se cree, la consecuencia de atentados secretos cometidos contra el Santísimo Sacramento. Cosa conocida es, entre otras, el que una mala primera Comunión es con frecuencia el primer paso en la senda, no solamente del mal, sino hasta del crimen. No quiero por testigo de esta verdad más que aquel asesino que comparecía no ha mucho ante el tribunal de Asises de Caen, en Normandía, acusado de seis asesinatos, que confesó, y de los cuales tuvo la dicha de arrepentirse. Joven todavía, Lemaire era jefe de una cuadrilla de asesinos que habían llegado á ser el terror del país entero. Sentado en la banqueta del tribunal, después de haber oído la sentencia que le condenaba á muerte, volvióse hacia su hijo, á quien había divisado entre la muchedumbre, y le dijo:

—Escucha bien: yo hice mal mi primera Comunión en París, en la iglesia de Saint-Mérry. Después he ido pasando de sacrilegio en sacrilegio, de robo en robo, de crimen en crimen, hasta llegar al

pie del patíbulo en el cual estoy condenado á perecer. ¡Quiera Dios otorgarme su perdón! ¡Quiera Dios igualmente perdonar á todos aquellos que se atreven á insultar al Santísimo Sacramento!

XVIII.

¿Por qué Nuestro Señor Jesucristo permanece así con nosotros en el Santísimo Sacrámento?

Un voluminoso libro pudiera escribirse sobre este asunto. Pero me limitaré á apuntar las ideas principales y que, á mi modo de ver, son las que más directamente responden á la pregunta.

Nuestro Señor Jesucristo permanece con nosotros en la Eucaristía, en primer lugar para continuar sobre la tierra, hasta el fin del mundo, la obra de su Encarnación.

El Hijo eterno de Dios se hizo hombre para unir á Dios con el hombre, al hombre con Dios. Se hizo hombre para entregar á Dios á los hombres, para poner á Dios al alcance de los hombres. Por eso ya anticipadamente era llamado por los Profetas *Emmanuel*, es decir, *Dios con nosotros*.

Lo que una vez hizo por el ministerio de la Santísima Virgen María lo hace Dios todos los días por el no menos admirable ministerio de su Iglesia. La Virgen Santísima nos dió á Dios pariendo á Jesús: la Santa Iglesia prosigue dándonos á Dios con-

sagrando sobre los altares y dándonos al mismo Jesús en el sacramento de la Eucaristía. Es el mismo milagro de bondad, de misericordia y de amor.

En segundo lugar, permanece el Señor entre nosotros bajo esta forma visible y sensible de su Sacramento, para ser El mismo el centro, la vida de su Iglesia.

Nosotros estamos compuestos de cuerpo y de alma, y necesitamos, por decirlo así, un Dios visible é invisible á la vez. El Hijo de Dios se hizo hombre en la mitad de los tiempos, á fin de satisfacer esta necesidad del corazón humano: en Jesús Dios-Hombre, verdadero Hombre y verdadero Dios, encontramos al Dios que nos hace falta, un Dios eterno, infinito, omnipotente, adorabilísimo, y al mismo tiempo un Dios á quien podemos ver con nuestros propios ojos, oir con nuestros propios oídos, tocar con nuestras propias manos: un Dios que habla nuestro lenguaje, cuyo corazón es un corazón de carne como el nuestro; cuya mano se levanta para bendecirnos, cuya boca se abre para instruírnos, cuyos sagrados labios nos dan el dulce beso del amor. Y la Eucaristía prosigue ese bellísimo misterio hasta donde es posible proseguirlo: el Santísimo Sacramento es el centro visible de la Religión y del culto del gran Dios; él es quien perpetúa sobre la tierra la humanidad visible del Salvador; él es quien nos permite ver, acercarnos, tocar y recibir en nosotros mismos al Dios á quien amamos y á quien veremos frente á frente allá en el cielo.

La Sagrada Eucaristía es como el alma de nuestras iglesias, como el corazón de nuestra piedad. Si los templos protestantes se nos presentan tan fríos, tan vacíos, es porque Jesucristo no se encuentra en ellos. Sí, por el contrario, la Religión católica se nos presenta tan llena de vida, es por la presencia de su Señor y de su gran Rey sobre sus altares. En nuestras iglesias, á la Eucaristía es á quien se refiere todo, y si la Misa es el acto principal de toda la Religión, es porque la Eucaristía produce y da el Santísimo Sacramento.

En tercer lugar, permanece Jesucristo Señor nuestro día y noche presente en nuestros altares, á fin de recibir en ellos las adoraciones del mundo.

El Santísimo Sacramento es Jesucristo, y Jesucristo es el verdadero Dios viviente. El altar es sobre la tierra el trono donde reside la Majestad del verdadero Dios, el lugar donde Dios hecho hombre aguarda á sus criaturas para recibir sus homenajes y sus adoraciones. Allí es donde quiere ser buscado, encontrado y adorado. Allí es donde el cielo se abre para la tierra; allí es donde llama Dios á todos sus servidores.

Además, por medio de su presencia real en la Sagrada Eucaristía, Nuestro Señor Jesucristo hace revivir en nosotros el recuerdo de todo lo que El ha hecho para salvarnos.

Al instituir el Santísimo Sacramento, dijo á sus Apóstoles, que fueron también sus primeros sacerdotes:

—Y vosotros, todas las veces que hagáis lo que acabo de hacer, lo haréis en *memoria de Mí.*

En memoria de Mí, es decir, en recuerdo del amor infinito que me ha hecho descender á la tierra para traeros la salud y la vida eterna; en recuerdo de todos mis misterios, de todos mis milagros, de todas mis palabras, de todos mis sufrimientos; en recuerdo de mi nacimiento en Belén, en medio del abandono y la miseria; en recuerdo de mi niñez perseguida, de mi vida oculta y obscura en Nazaret; en recuerdo de toda mi vida pública y de la dolorosa Pasión que coronó mi sacrificio de treinta y tres años; en recuerdo de mis lágrimas y de mi agonía, de mi condenación, de mis ultrajes, de mi sangrienta flagelación y de mi corona de espinas; en recuerdo de mi crucifixión y de mi muerte, de mi sepultura y de mis aniquilamientos; en recuerdo de mi triunfante resurrección y de mi ascensión á los cielos; en recuerdo, por último, de esa segunda venida, cuando volveré lleno de gloria y majestad, para cumplir mi misterio, para vengar y glorificar á mi Iglesia, para juzgar á los justos y á los pecadores, á los vivos y á los muertos.

Ved ahí lo que cada día nos recuerda Jesús en verdad presente entre nosotros en su Eucaristía. Por Navidad, es El, el Niño Jesús, quien está allí, ante nosotros; á El es á quien adoramos, á quien recibimos al comulgar; el Viernes Santo, es también Jesús, Jesús crucificado; por Pascua es Jesús resucitado; y así sucesivamente, en todas las fiestas que componen la liturgía de la Iglesia.

El Dios del Evangelio, el dulce Jesús de Magdalena y de Zaqueo, el Divino Predicador del sermón de la montaña y del sermón de la Cena, se encuentra en persona allí, presente y vivo, y totalmente cerca de nosotros. ¡Oh! ¡qué bueno es meditar á sus pies el divino Evangelio, aquel sublime libro donde para nosotros ha consignado sus palabras y sus actos!

Así, pues, Nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento para impedirnos el que le olvidemos, y como un *memorial* perpetuo de su encarnación, de su redención y de su gracia.

Otra razón que hace permanecer entre nosotros á nuestro Divino Salvador es la necesidad que nosotros tenemos, y que El tan perfectamente conoce, de un consolador, de un amigo íntimo, de un refugio, de un médico, de un confidente en medio de todas nuestras penas y de todos nuestros dolores. Todo esto es Jesús para nosotros en el Santísimo Sacramento. A sus pies vamos á descansar de todas nuestras fatigas. Cuando nuestro corazón está demasiado lleno, demasiado henchido de lágrimas, vamos á llorar junto á El; cuando los hombres nos abandonan, cuando su malicia nos persigue y nos desanima, allá, muy cerca de nosotros, tenemos un fiel amigo que jamás engaña. También debería escribirse en letras de oro sobre todos los Tabernáculos la tiernísima invitación consignada en el Evangelio: *¡Venid á Mí los que sufrís, y Yo os consolaré!*

El Santísimo Sacramento es el punto de reunión de todos los corazones; el manantial á que las almas, á modo de bellísimas palomas, acuden á abrevarse y á refrescarse; el foco de la oración y del fervor; es, en una palabra, el centro de todo y la verdadera vida del cristiano en la tierra.

Es el punto de reunión del cielo y de la tierra. En Jesús, y sólo en Jesús, nos unimos á aquellos á quienes hemos amado en la tierra y que no existen ya. Jamás nos unimos con tan íntima unión á la Santísima Virgen, á los Angeles, á los Santos del cielo y á las benditas almas del purgatorio, como cuando nos acercamos á Jesús en el Santísimo Sacramento, y sobre todo cuando le recibimos en la Sagrada Comunión.

Sí, en la Comunión; porque nuestro Divino Maestro permanece todos los días entre nosotros en el Pan eucarístico, para ser El mismo y en persona el alimento de nuestras almas. Por su gracia, Jesucristo es la vida de nuestra alma; por la Eucaristía se hace nuestro Pan de vida. Así como nuestro cuerpo no puede vivir sin alimento, de igual suerte la vida de nuestra alma necesita alimentarse para no desfallecer. El Santísimo Sacramento es el alimento *necesario* de los cristianos.

«Si no coméis la Carne del Hijo del hombre y si no bebéis su Sangre, no tendréis la vida en vosotros.»

Estas son las palabras textuales del Señor.

¡Oh! ¡qué grandiosa maravilla del amor de Dios! No contento con venir á nosotros, con bendecirnos,

con prometernos su paraíso, quiere ser y es realmente el alimento de nuestras pobres almas. Sí, el alimento y el alimento cotidiano: si queremos, podemos todos los días alimentarnos de Dios, unir nuestra carne enferma y miserable á la verdadera Carne del bondadoso Dios, nuestra sangre á la verdadera Sangre de Jesús, nuestra pobre alma al alma santísima de ese Salvador, nuestra humanidad á su humanidad y á su divinidad... Podemos todos los días desde este suelo incorporarnos al Divino Hijo de María y no formar con El más que uno solo.

La Comunión: ved ahí el objeto final de la presencia de Jesús entre nosotros en la Eucaristía. Vedle allí en el altar, entre las manos de sus sacerdotes: si día y noche descansa en su Tabernáculo, es para entrar en nosotros, es para venir á apoyarse en nosotros, es para llenarnos de El mismo.

Tales son, si no me engaño, las principales razones por las cuales nuestro Salvador, realmente presente en la Eucaristía, permanece en medio de su Iglesia, como un rey en medio de sus vasallos.

¿Es concebible que tanto amor sea pagado con tanta ingratitud? Diríase á la verdad que carecemos absolutamente de fe. Nosotros deberíamos ir todos los días á adorar á Jesús en su sublime Sacramento, y rendirle allí todos nuestros homenajes de amor, de reconocimiento, de piedad y de oración; deberíamos pasar dichosamente á sus pies todo el tiempo que malgastamos en tonterías y frivolidades; deberíamos recurrir á El en todas las ocasio-

nes, para nuestras necesidades y para la del mundo entero. Si tuviéramos una fe viva, haríamos como tantos otros buenos cristianos que hallan medio de asistir á la Misa todos, ó casi todos los dias, de comulgar á menudo, y de devolver al Salvador solicitud por solicitud, amor por amor.

Si tuviéramos una fe viva, respetaríamos profundamente nuestras iglesias; haríamos todo género de sacrificios para adornarlas y para hacerlas dignas de Jesucristo; nada se ahorraría para ello...

La vergonzosa desnudez de tantas iglesias, el desmantelamiento de tantos santuarios, ¿qué son sino los testimonios acusadores de nuestra poca fe?

XIX.

La fe y el espíritu de fe en el Santísimo Sacramento.

Hay una notable diferencia entre *la fe y el espíritu de fe* en el Santísimo Sacramento, y sobre este punto, mi querido lector, voy á llamar vuestra atención al terminar esta conversación.

Vos tenéis fe; vos creéis muy sinceramente en la presencia de vuestro Salvador en el Santísimo Sacramento; ¡oh! ¡de esto no me cabe duda! No sois ni un incrédulo, ni un hereje, y de seguro que consentiríais en morir antes que serlo. Tenéis la fe, pero ¿tenéis el espíritu de fe? ¿Tenéis en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía esta fe viva, práctica, eficaz, de que os dan ejemplo los

verdaderos cristianos? Si no la tenéis, ó si á lo menos no la tenéis suficiente, ved ahí lo que es preciso que hagáis para adquirirla:

Por de pronto rezad. Pedid á menudo, pedid con todo vuestro corazón á Nuestro Señor Jesucristo que se digne aumentar en vos la fe en el Santísimo Sacramento. Sus Apóstoles le dirigieron cierto día esta sencilla y cándida súplica:

—*¡Señor, aumentad en nosotros la fe!*

Decidle también vos lo mismo, con igual sinceridad, con igual humildad y confianza.

La fe es efectivamente una *gracia* que no podemos darnos nosotros mismos, que viene de Dios y que Dios no otorga sino á los hombres de buena voluntad. La fe es cómo la luz; nos viene del cielo, y si Dios no nos la diere, ya podríamos abrir tanto el ojo como quisiéramos, que no por eso conseguiríamos ver.

Pedid, pues, al buen Salvador una fe viva en el Santísimo Sacramento. El ha dicho en su Evangelio: *Pedid y recibiréis*. Jamás se pide lo bastante; y muy á menudo sucede que por eso no se tiene la fe, ó á lo menos no se tiene el espíritu de fe.

Pero tened en cuenta que, para que la luz de la fe pueda penetrar hasta el fondo de vuestra alma, es menester que no la pongáis obstáculos. Todas las malas pasiones, el odio, la gula, la lujuria, el egoísmo, la envidia, la avaricia, el orgullo sobre todo, son otros tantos obstáculos que detienen, en todo ó en parte, la gracia de la fe: las almas man-

chadas son como esas aberturas cubiertas de polvo, de telarañas y de porquerías, que los rayos del sol no pueden atravesar.

La pureza del corazón, la pureza y sinceridad de las buenas intenciones; ésta es la segunda condición indispensable para recibir la gracia del espíritu de fe que Dios nos presenta. *Bienaventurados los que son puros de corazón,* ha dicho, *porque ellos verán á Dios.* Los que tienen el corazón puro, los que sinceramente buscan y verdaderamente aman la luz, aquellos y sólo aquellos *verán á Dios,* presente en realidad en el misterio eucarístico.

Hay algunos que piden la fe, pero con gran temor de obtenerla; sienten que una fe viva obliga vivamente, y en el fondo no se dan gran prisa en abrazar una vida cristiana más perfecta, en abandonar cómodas costumbres de soltura, de negligencia y de placer. Estos no son corazones puros; por eso sus oraciones quedan siempre sin efecto.

Procurad tener más valor del que tiene esa clase de gentes, y estad bien determinados á seguir á Dios desde el momento en que se digne dárseos á conocer. No temáis ser demasiado buenos: cuanto mejor se es, más dichoso se vive.

Además de los obstáculos que podrían venir del corazón, tened buen cuidado de fijaros especialmente en aquellos que podrían venir de la inteligencia; quiero hablar particularmente de la ignorancia. Procurad instruíros más y más cada día en las cosas de la fe, en vuestras dificultades consultad á algún sacerdote, no solamente bueno y pia-

doso, sino que sea además ilustrado, instruído y capaz de haceros adelantar en el conocimiento de Jesucristo. Cuando se tiene amor á la verdad, cuanto más se escudriñan los misterios del Cristianismo, y en particular el misterio del Santísimo Sacramento, más luces, más magnificencias y más armonías se encuentran en ellos; y ved ahí una de las pruebas más espléndidas de la divinidad de la Religión.

Por último, mi muy querido lector, creedme: si queréis alcanzar de Dios una fe vivísima en el Santísimo Sacramento, recibidle con frecuencia por medio de excelentes Comuniones.

La Sagrada Comunión es la fuente de las gracias todas: ante todo, nos ha sido dada para fortalecer nuestra fe y para perfeccionarla. Cuando no se comulga lo suficiente, la fe se debilita y poco á poco se va poniendo tan lánguida, que se la pudiera tener por muerta. Comulgad, comulgad piadosamente, comulgad con frecuencia; y en breve veréis como vuestra fe se desarrolla á la manera de una planta que se riega y se cultiva cuidadosamente. Lo que ha preparado á la pobre Francia el veneno de la incredulidad y de la indiferencia, ha sido la pérfida herejía del Jansenismo, que so pretexto del respeto, ha tenido á las almas alejadas de la Comunión.

Apresurémonos á retornar á beber la vida en la fuente inagotable de la vida; el espíritu de fe, y con él la regeneración religiosa volverán á llenar



nuestras iglesias cuando la Sagrada Comunión renazca y sea practicada en ellas con verdadero amor.

Así, pues, oraciones, buena voluntad, pureza de corazón, instrucción religiosa, frecuencia de Sacramentos: tales son, mi querido lector, los medios que os invito á que empleéis, á fin de obtener de Dios la gracia de una fe viva en su presencia, real y santa, en la Sagrada Eucaristía.

¡Bendito sea el Dios de amor que en ella nos alimenta con su Carne y con su Sangre! ¡Bendita sea la Santa Iglesia, que nos ofrece el Pan de vida! ¡Y bendita sea igualmente la Inmaculada, dulcísima, bondadosísima y Santísima Virgen María, que fué la primera en darnos á Jesucristo Nuestro Señor!

París, 8 de Diciembre de 1865, festividad de la Inmaculada Concepción.

FIN.



ÍNDICE.


BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001906886